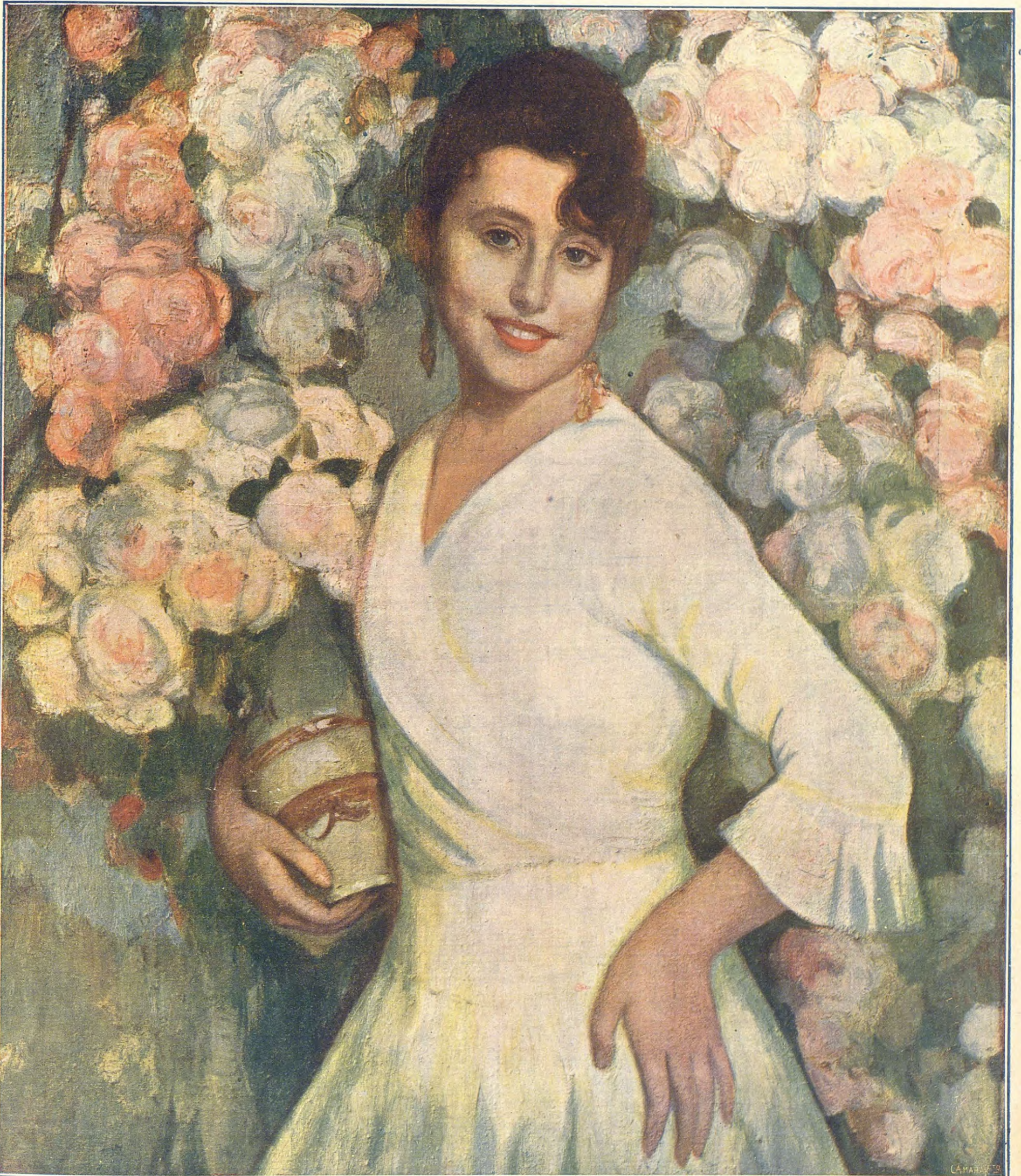


La Esfera

Año V ¹⁵ Núm. 219

Precio: 60 cénts.



PRIMAVERA, cuadro de Ignacio Pinazo

Toda Mujer

que desee tener el cutis más suave, más blanco y más hermoso, debería usar la

"Nieve" ("HAZELINE"
SNOW" TRADE MARK)
(Marca de Fábrica)
'Hazeline'

En todas las
Farmacias y
Droguerías



Burroughs
Wellcome y Cia.
Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

Sp.P. 1329

All Rights Reserved



FOSFATINA FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y desconfíese de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme á procedimientos científicos, es **inimitable**.

DE VENTA EN TODAS PARTES.

YELMO FLORIDO

POR
JOSÉ MONTERO



Libro primorosamente editado, con versos y prosa, á manera de prólogo, de Francés, López Martín, Pérez Olivares, López de Saá y Ramírez Angel :- Dibujos de Alcalá del Olmo, Antequera Azpiri, Ferrer, Güel, K-Hito, Marin, Ribas, Tito, Varela de Seijas y Verdugo Landi.

Pedidos á «Prensa Gráfica» y á la «Editorial Mundo Latino», plaza del Conde de B:rajas, núm. 5, Madrid.

Precio: **4 pesetas** franco correo certificado

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

PASTILLAS BOLIVAR



CATARROS. ASMA. TOS

HIPOFOSFITOS: =SALUD

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DÉBILES



AVISO AL COMPRAR EL FRASCO FIJARSE SI CON TINTA ROJA SE LEYEN HIPOFOSFITOS "SALUD" EN LA ARGENTINA PIDASE "HIPOFO SALUD"

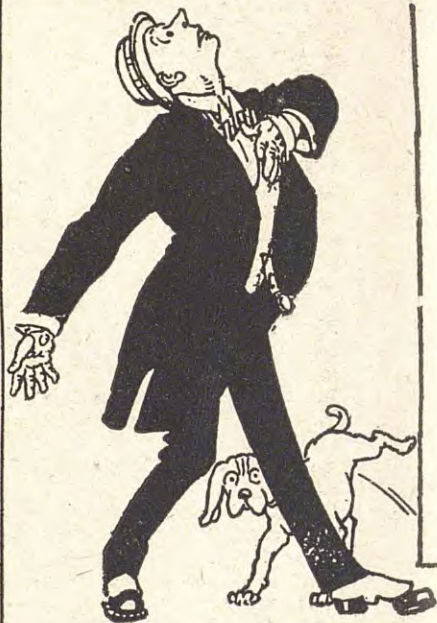
USE Ud
la
Magnesia
Efervescente
DEL
Dr. Frigo
QUE ES
LA MAS
ACREDITADA
DE ESPAÑA

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21



Mi tormento, mi ilusión,
relamida confitura.
No me quites la razón;
ten un poco de blandura.
Sabe que á mi corazón
le aprieta fuerte atadura
desde que empleas jabón,
agua y crema PECA-CURA.

Jabón, 1,35.—Crema, 2.—Polvos, 2,20.—Agua cutánea, 5.—Colonia, 2,75, 4,25, 7,25 y 12,75 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

LEA USTED
LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
40 céntos. en toda España

La Esfera

Año V.—Núm. 219

9 de Marzo de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



JOSÉ SERRANO

Ilustre maestro compositor, autor de la partitura de "La canción del olvido", cuyo estreno, en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, ha constituido un éxito clamoroso

FOT. ALFONSO

DE LA VIDA
QUE PASA

LIBERTAD ECONÓMICA

SE decía que con las pasadas y aún calentitas elecciones íbamos derechos á la renovación. El Poder público se abstenía de intervenir, quebrantando el uso tradicional, y las ideas iban á chocar noble y libremente, igual que espadas. De este choque saldría la purificación de las costumbres políticas, y con tan recio empuje, el viejo tinglado de la farsa se hundiría estrepitosamente, arrastrando en la caída á todos los Arlequines y Polichinelas que sustentaba. La alevosía en la lucha, la inmoralidad de elegibles y electores, el falseamiento de las voluntades, la hipocresía, el soborno, la coacción, todas las malas artes que han corrompido la función democrática en muchos años de ejercicio, se convertirían de pronto en nobleza y en libertad, en una honrosa práctica ciudadana que no tuviera que avergonzarse de haber pecado.

Es posible que alguien desde el Gobierno—acaso el mismo señor bienintencionado que ocupa la casona de la puerta del Sol—pensara en la posibilidad de acabar en un día ó en pocos días con los ahincados vicios de la política española. Pero quiso proceder por su cuenta, pensó que él solo se bastaba para limpiar de miasmas el ambiente, y se olvidó de los caciques. Los caciques se han cobrado del olvido poniendo en juego todas sus malas mañas: ahí está el tablado con los cimientos firmes y seguros; ahí están, en circulación, los ambiciosos y los logrerros; ahí está la corrupción campando á fuerza de monedas; ahí está todo eso que ha hecho ser á estas elecciones más repugnantes que otras veces. ¡Como que el sufragio universal, según la frase de Ortega y Gasset, se ha vestido de oro y de plata, como los toreros!

En toda España han tenido realidad las escenas de *La vara de alcalde*. Aquí, en Madrid, hemos visto al señor Exuperio velando por la pureza electoral, provisto de un garrote como la maza de un heraldo; en Cenicientos, del distrito de Navalcarnero, fué sacado de la cama, donde yacía enfermo, un elector, que volvió á su casa cadáver; pueblos enteros han ofrecido la totalidad del Censo al mejor postor; ciudadanos que pasan por conscientes, sin duda porque andan en manada, desataban sus odios de abencerrajes y andaban á tiros por tal ó cual cacique; todas las trapacerías, todas las mentiras, todos los engaños han podido triunfar libremente. El campo político ha sido feria de ambiciones y lonja de contratación, ni más ni menos que el Azoquejo de Segovia ó la toledana plaza de Zocodover en otros tiempos ya lejanos. Lo trágico y lo cómico, en pintoresco maridaje, han paseado sus perfiles sin que nadie les fuera á la mano, ni intentase lograrles el antojo.

El empeño de renovación era noble, como todo aquello que pretende más amplia libertad para las conciencias; pero se ahogó por falta de libertad precisamente. Es que no son los hombres de gobierno los que por sí solos, con su única voluntad y su único esfuerzo, pueden dar toda la libertad. Para hacer al hombre libre de todas las libertades, es preciso romper las ligaduras que le tienen atado á los postes de la miseria. Le hace falta libertad económica. Esta carencia de libertad, esta esclavitud hace ser

al ciudadano falaz y cobarde. Hay millares y millares de hombres á quienes hace ser egoístas el instinto de conservación. Su vida se desliza oscura y miserable en pueblos sin urbanidad y sin higiene, y en casucas sin calor y sin luz. La tierra que laboran, el pozo que les da el agua, las vacas que llevan en arriendo y en «aparcería», el vestido con que se cubren, y hasta el pan que les nutre el cuerpo, son cosas que no les pertenecen. Su vivir cotidiano y el presente y el porvenir de sus hijos dependen del amo y del señor, del tabernero del barrio inmediato ó del panadero de la villa cercana. A ellos han de recurrir frecuente-

mente, porque su pobreza les hace siervos de la influencia y del favor. No sólo piden la carretera ó el puente que el Estado no supo darles; es que no tienen valor para mirar cara á cara á los mantenedores del soborno, porque si éstos sorprenden un gesto de arrogancia ó un ademán de rebeldía, los condenan á perecer de hambre y de miseria.

Mientras no haya libertad económica, mientras existan hombres esclavizados por la usura, y los jornales sean cortos y el trabajo sea un privilegio en España, tierra de oligarcas y de caciques, la libertad política será un bello ideal.

El soborno y la coacción reinarán soberanamente en el campo, y llevarán su garra á la mina, á la fábrica y al taller. Y serán vanos cuantos intentos de renovación se discurran, por mucho que se hable á ciertas gentes de democracia, civismo y algo más.

Renovación... Por ahora, en las elecciones, ni después de las elecciones, no se le ha visto la cara á esta buena señora. Antes, muchos que le hacían arrumacos y cortesías, hicieron uso y abuso de las viejas prácticas inmorales y caciquiles; después, los mismos que hicieron de su nombre un pregón, se encargan de desmentir la bondad del propósito. Silvela—es un ejemplo que ya se ha puesto en las columnas de algunos periódicos—hubiera estado muy bien en el Ministerio de Fomento, que tiene ciertos engranajes y relaciones con la Comisaría de Abastecimientos... Pues ahí está en Instrucción pública, sin más razón conocida que el precedente de ser Gimeno médico y estar en el Ministerio de Marina. Y entre las elecciones y la crisis, el espectáculo del distrito de Calatayud ofreciendo sus votos en pública subasta, como vil mercancía.

Claro está que los negociantes de la política niegan haber abierto la bolsa, y que ahora, como siempre, resultará difícil la comprobación. Pero advertid un síntoma. La revista económica *El Financiero* ha dicho que las cuentas corrientes del Banco de España experimentaron, desde el 16 al 23 de Febrero, una merma de más de treinta y seis millones de pesetas. Ni en el mundo de los negocios, ni en la vida financiera nacional hay algo que pueda justificar la reducción. En aquella semana no hubo siquiera emisión ni inversión de dinero, ni otras necesidades productoras de oscilaciones... Con estos datos, la misma revista supone, bien guiada por la lógica, que los treinta y seis millones de la baja en las cuentas corrientes no han tenido más destino ni más aplicación que «la compra de votos y la fabricación de actas á fuerza de dinero».

No son, por cierto, muchos millones para tantos españoles como viven sin libertad económica. Ni á todos les habrán llegado unas migajas, porque no faltan, para ejemplo de los demás, quienes mantienen la pureza de su criterio y su intención contra todas las coacciones y todas las venganzas.

Pero á muchos les habrán aliviado la vida llevándoles un trozo de carne para la puchera, dejándoles en las manos la tierra sobre que viven encorvados, ó alargando su crédito en la covacha del Silock lugareño.

José MONTERO

ARTISTAS DE ÓPERA



MARIA ROS

Bella y notable soprano, que ha hecho una brillante campaña en el Teatro Real, de Madrid

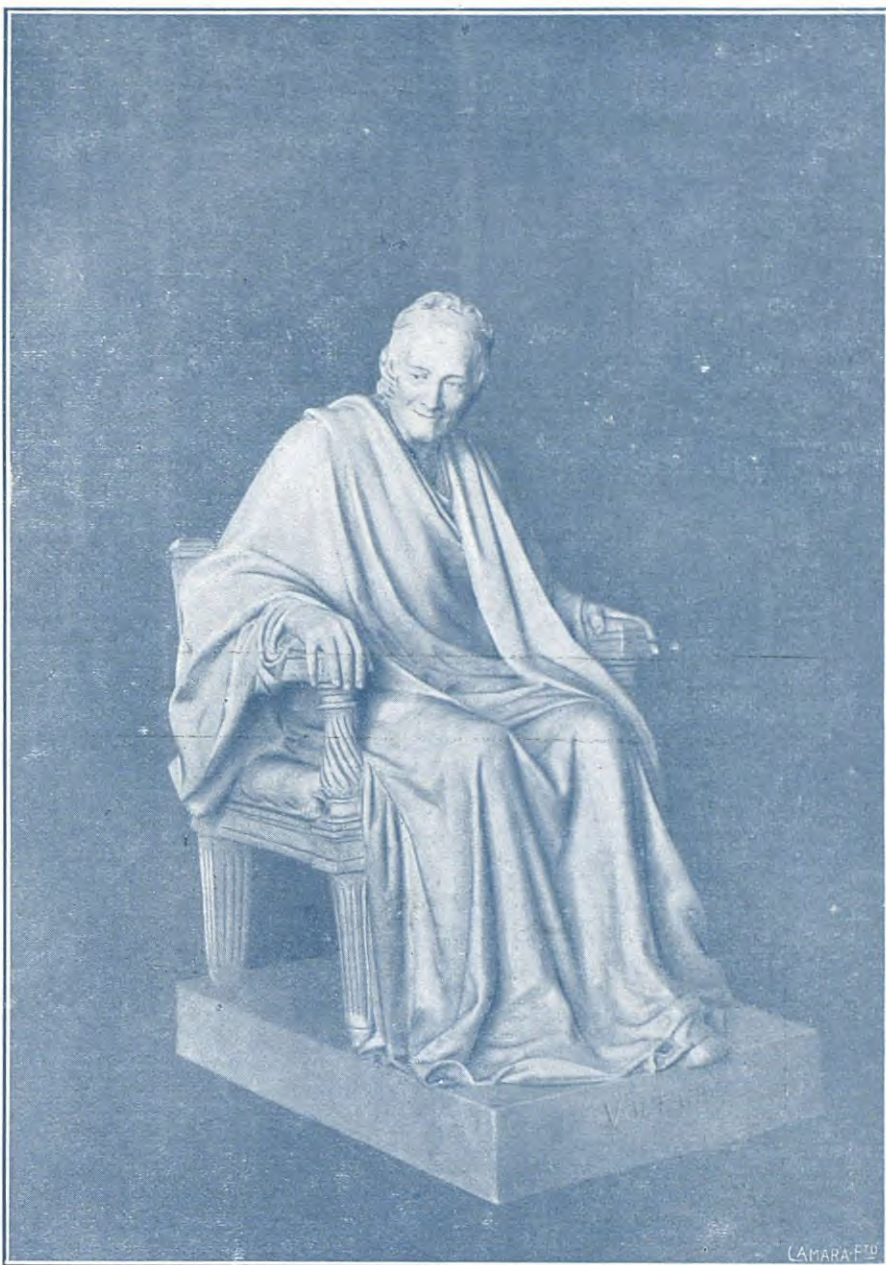
FOT. WALKEN

CURIOSIDADES DE BIOGRAFÍA É HISTORIA

LA NIÑEZ DE VOLTAIRE

EN Châtenay, y el 20 de Febrero de 1694, según la opinión más antigua, ó en París, y el 21 de Noviembre del mismo año, conforme á investigaciones posteriores y más escrupulosas por ende, sin que falien biógrafos que concilien la primera fecha con la última población, nació Francisco María Arouet. Este nombre fué el que empleó en sus escritos hasta 1722, fecha de la muerte de su padre, y á partir de la cual, la vanidad mudó ese nombre en el de Voltaire, por parecerle más noble, más sonoro y más apto para sostener la reputación á que aspiraba. Del origen y significado de semejante nombre se han presentado varias explicaciones, ninguna de ellas satisfactoria, siendo la más probable la de resolverlo en un anagrama formado con las letras de *Arouet l. j.*; esto es: *le jeume*, letras que, transpuestas, dan el nombre de Voltaire. Tengo por dudoso que dicho nombre fuese, como algunos han supuesto, el de una finca ó hacienda de su madre. Ya en la dedicatoria del *Edipe* (1718) empleó por primera vez el nombre de Arouet de Voltaire, que en seguida truncó definitivamente. Y sea cual fuere la hipótesis que se acepte en este punto, no debe olvidarse que el cambio de nombres era cosa corriente entre los predecesores y los contemporáneos del escritor francés; baste citar á Erasmo, Melanchton, Molière, D'Alembert y tantos otros. Ultimo de cinco hijos (de los cuales sólo sobrevivieron tres), fué Voltaire, á semejanza de Fontenelle, un sér débil, enteco y de complexión tan delicada, que durante la primera semana de su vida se esperó y temió á diario que sucumbiera. A pesar de ello, alcanzó una edad avanzada, si bien no tan avanzada como la de Fontenelle, que llegó á centenario, mientras que él quedó en octogenario. Ni su debilidad orgánica, ni aun su irritabilidad nerviosa, agravada por el uso inmoderado del café, fueron parte á acortar su vida. Sabido es que habiéndole dicho un médico en cierta ocasión: «El café es un veneno lento», Voltaire contestó: «Muy lento, sin duda, porque yo hace ochenta años que lo tomo, y aun no he muerto.»

Pertenecía Voltaire á una buena familia en el respecto social. Su padre, notario retirado del Châtelet y tesorero del Tribunal de Cuentas del Reino, era un funcionario de excelente reputación por su competencia y probidad, y durante el ejercicio de su primer empleo tuvo ocasión de entablar relaciones y obtener la confianza de las familias francesas, de sangre más ilustre, de los Saint-Simon, de los Sully, de los Praslin. Su madre, María Margarita Daumart, parece haber sido una mujer de maneras distinguidas y haber tenido viveza intelectual para penetrar el carácter de su hijo; pero murió prematuramente (1701), cuando éste contaba todavía siete años. Voltaire quedó solo con su padre hasta 1704, en que se le envió á la escuela. Fué educado por los jesuitas, que se habían adueñado ya entonces de la enseñanza, y eran los que casi en todas partes estaban hechos cargo de ella. En el colegio Luis el Grande aprendió á hacer versos iguales á los del siglo anterior, mostrándose como versificador precoz de obras cortas, según la moda de aquel tiempo, á una que como espíritu audaz é irreligioso, pues sus primeros epigramas los dirigió contra el fanatismo de los jansenistas, y dícese que se complacía en declamar á menudo la



Estatua de Voltaire

Moisade, de Rousseau (Juan Bautista), poema en que se consideraba como un impostor al caudillo y legislador de Israel. Y que no se trataba de ligerezas propias de la edad, sino que salían ya á luz, como los cornezuos de los ciervos, sus instintos de rebeldía y las primeras tendencias á la persecución que iba á hacer á la Iglesia Católica, pruébalo el que no siendo más que un simple estudiante de Retórica, había ya revelado y desplegado méritos bastantes para que su maestro, el jesuita Lejay, le dijera: «¡Infeliz, tu serás con el tiempo el alférez de la impiedad!» Jamás se cumplió mejor oráculo alguno.

No todos los profesores fueron tan severos como Lejay. Algunos, como Porée, Tournemine y Thoulié (conocido más tarde como abad de Olivet), alentaron á Voltaire con su palabra de maestros sabios y cariñosos, le corrigieron los defectos de su incipiente (aunque ya desbordada y rebelde) inspiración, y le predijeron esplendorosas y perdurables glorias literarias. Voltaire conservó de ellos un buen recuerdo, y en más de una ocasión elogió en sus escritos la Pedagogía jesuítica en lo que tiene de eficaz. Otras veces, empero, se ensañó contra ella, llegando á decir que nada había aprendido en el Colegio Luis el Grande, *hors du latin et des sottises*, y que había salido de él sin saber palabra de Matemáticas, Filosofía buena y Geografía é Historia patrias. Con todo, los ejercicios de Retórica y Poética del Colegio fueron para él una excelente disciplina estética, que respondía, tanto á su vocación intelectual como á sus instintos clasicistas en literatura. A diferencia de Rousseau, hombre

de plebeyo origen, que se adaptó mal siempre al mundo elegante y delicado, Voltaire vivió, desde niño, en un ambiente *comm'il faut*. En temprana edad fué introducido por su padrino, el abate Châteauneuf, en la reunión de agudos y graciosos, individuos que formaban la excéptica y licenciosa Sociedad del Temple. Voltaire mismo nos ha contado más tarde que su padrino le presentó por aquella época (á los once años de su edad, según unos biógrafos, y, según otros, á los trece), á Ana de Lenclos, conocida por Ninon de Lenclos, amiga de su madre, y una de las mujeres más célebres del siglo xvii. Ninon de Lenclos, que había nacido en París el 10 de Noviembre de 1620, y que murió el 17 de Octubre de 1705 (el padre de Voltaire fué uno de los testigos que firmaron su acta de defunción, estaba entonces entre los ochenta y los ochenta y cinco años de su edad; pero, Aspasia veterana, por su vida galante, y Elena rediviva, por la prolongación de su hermosura, todavía mantenía su ingenio y su brillantez social. Después de la Fronda, la reina Cristina de Suecia, la amiga de los filósofos, que abdicara su Corona en 1654, prefiriendo, según frase de Voltaire, conversar con sabios, á dominar sobre un pueblo de guerreros, se instaló, por una larga temporada, en París, donde se hizo amiga de Ninon de Lenclos, y cuando abandonó á Francia, declaró, delante de toda la Corte, que nunca había encontrado á una mujer cuyo trato le agradara tanto. El mayor mérito de Ninon de Lenclos fué haber sabido formar un salón que reuniera y atrajera á los hombres y á las mujeres más notables de su época, y que fuese como escuela de cultura y academia de elegancia, adonde se llevase á los jóvenes

para que adquirieran modales distinguidos. El precoz Arouet, gracias á unos versos compuestos en favor de un inválido, se hizo acreedor á los favores de aquella famosa cortesana, que había conservado su corazón libre de toda zalamería, y había ridiculizado, como á jansenistas del amor, á las pedantes damas y platónicos galanes del hotel Rambouillet. Tanta fué la simpatía que el futuro Voltaire le inspiró, que, al morir, le «legó su biblioteca», según unos biógrafos, y, según otros (que estimo mejor informados), le dejó 2.000 francos «para comprar libros».

Terminó Voltaire la segunda enseñanza á los diez y seis años, y, por imposición de su padre, comenzo la carrera de Leyes (1710). Pero, más que las cátedras, frecuentó los teatros, los *salons* y los demás lugares á que asistían todos los que aspiraban á ser notados y conocidos en la buena sociedad, ó dígase en la sociedad de más brillo, por mala que fuese. Ambición y vicio le exigieron el oro, y él, á su vez, lo demandó á su musa, obteniéndose en no seguir otra carrera que la literaria. El viejo Arouet desesperó de su hijo, que era ávido de placeres y muy mal estudiante de Derecho.

Pero aquí concluye la niñez de Voltaire y empiezan su adolescencia y su primera juventud, durante las cuales escribió principalmente obras para el teatro; preciosa semilla de cultura que más tarde había de florecer entre sus manos y fructificar en todo su esplendor, aplicada á obras de más aliento.

A PROPÓSITO DE UNA EXPOSICIÓN
"LOS CAPRICHOS" DE ALENZA



Portada y dos grabados de "Los caprichos", de Leonardo Alenza

ORGANIZADA por el distinguido pintor y comentarista de asuntos artísticos, Sr. Pompey, se celebra en el saloncito del Ateneo una Exposición de aguafuertes.

Se ha procurado reunir en ella algo parecido á un breve resumen de la evolución del aguafuerte en España desde Goya hasta nuestros días, y así se exponen junto á diversas pruebas del autor de *Los caprichos* y *La tauromaquia*, otras de grabadores incipientes y tal vez ocasionales.

A saltos puede seguirse la trayectoria del aguafuerte española desde principios del siglo xix. Alguno de estos saltos es tan grande, que pasa sin tropezar en Selma, Pelegrer y Urrabieta Vierge, pero que prescinde de D. Agustín Esteve, lo que ya es menos perdonable.

Es de elogiar, sin embargo, el propósito del Sr. Pompey, y debe alentarse su iniciativa para el día de mañana.

Por de pronto, en la serie retrospectiva—mezclada en las paredes del saloncito, como en las páginas del catálogo, con la serie contemporánea—figuran grabados de Goya, Carmona, Alenza, Gálvez, Galván y Portuny.

La sección de grabadores modernos es, naturalmente, más completa, y de ella se destacan las de maestros en el género, como Labrada,



"El peinado"

Baroja, Esteve, Verger, Oroz, Lhardy, Castro Gil, y unos retratos de señora de Mariano Madrazo, muy elegantemente afrancesados, que traen el recuerdo de las puntas secas de Helleu y, mejor aún, las de Luis Icart.

Pero no es nuestro propósito comentar estas obras, ya conocidas por recientes Exposiciones

nacionales ó particulares, sino decir algo referente á Leonardo Alenza, de cuya serie *Los caprichos*, ha tenido el acierto el Sr. Pompey de exponer tres pruebas.

ooo

Leonardo Alenza es uno de los pintores más interesantes de la primera mitad del siglo xix. Con Ribelles, Lucas, Gil Ranz, Villa-Amil, Ortega, Julia Asensio, Espinosa y algún otro más, representa la saludable reacción realista frente al clasicismo francés preconizado y sostenido por José Madrazo, Juan Rivera y Aparicio, en que cayó servilmente la pintura española al morir Goya.

Alenza nació en Madrid el 6 de Noviembre de 1807, y murió en 30 de Julio de 1845. El mismo año de su muerte—en Abril—le eligió el Liceo Artístico y Literario *socio facultativo* de la sección de pintura, y tres años antes—en 6 de Noviembre de 1842—fué nombrado académico de mérito de San Fernando. No le evitaron tales honores ni su renombre, que fuera enterrado de limosna como remate de esa vida misérrima que los pintores independientes llevaron, llevan y llevarán siempre en España.

El período de formación estética de Leonardo Alenza es el de la lucha entre los seudoclasicistas, á la manera del empalagoso y rígido David, y entre los románticos que habían de deri-



"La vuelta"



"La mocita"

(Aguafuertes originales de Alenza)



“Los mendigos”

var hacia el naturalismo goyesco. Consecuentes con la orientación de Rivera y de Madrazo, traducida del francés, persisten los hermanos Bernardo y Luis López—hijos de don Vicente—, los hermanos Luis y Fernando Ferrant, Vicente, Camaró, Antonio Gómez, Rodés, en una pintura fría, enfática, y sin la más nimia relación con los maestros del siglo xvii, ni la menor curiosidad por los espectáculos coetáneos de su vida. Cosas ambas que Goya había legado a su época, como norma del verdadero arte.

En cambio, al otro lado estaba el grupo de los pintores ya citados, y de otros como Esquivel, Espalter y Gutiérrez de la Vega, que habrían de someterse momentáneamente a los cuadros llamados entonces *historiales*, pero que habrían de dar a la pintura española el hábito de la calle y la movable gracia de las costumbres populares.

Comentando este resurgimiento del goyismo, sinónimo elocuente de españolismo, dice José Caveda:

«Mucho más numerosas aún, y expresivas é intencionadas, son las pinturas que tienen por objeto los tipos y caracteres especiales de nuestras provincias, y con mayor verdad y animación se representan. Sin que puedan considerarse como otras tantas obras maestras, llevan consigo el prestigio de la popularidad, agradan a la multitud, y no les niegan tampoco sus simpatías los inteligentes que, si quisieran encontrar en ellas un dibujo más correcto, reconocen las buenas prendas que las recomiendan. Son un juguete del Arte y una prueba del ingenio y del carácter observador de sus autores.

»Se contemplarán siempre con gusto, por más que una crítica severa las quiera más cumplidas, *La mujer manchega, La gitana bailando en una taberna, El memorialista, El gaitero, La vendedora de cacharros, La buñolera, La vieja del ventorrillo, El mendigo, El aguador, Las paisanas de la Conca de Tremps, El calesero, El licenciado de la guerra de Africa, El ciego, El vendedor de romances, El charlatán político, El campesino catalán y Los gallegos antes de la siega.*

»Como muestra de los ensayos producidos para retratar las costumbres y las diversiones populares de las provincias, recordaremos los lienzos que representan *La romería de San Isidro, El entierro de la sardina, Las escenas populares de la Virgen del Puerto, La procesión del Corpus en Sevilla, Las fiestas populares en el campo de Tarragona, El*

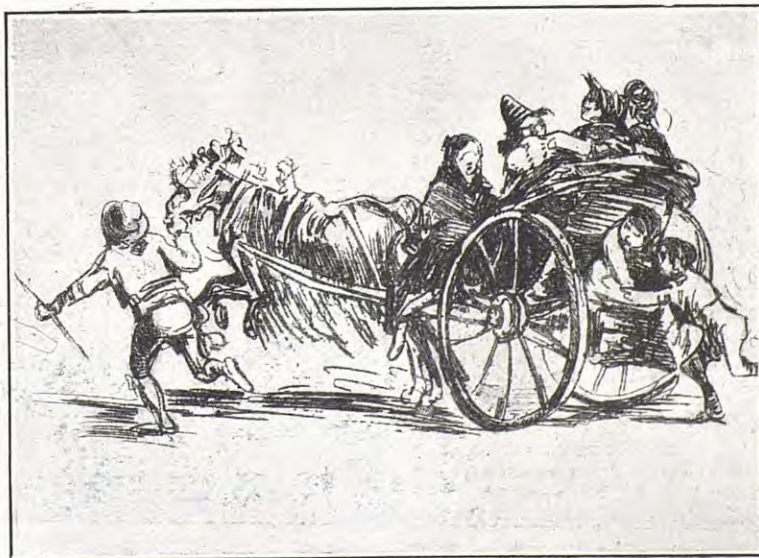
traspaso del mesón, La plaza de un pueblo de Castilla, Una fiesta de aldea en Galicia, Los festejos de una boda en Andalucía, La cofradía de Monserrat en la estación del Viernes Santo, El alcalde de los alrededores de Valencia, Una romería en las cercanías de Santiago de Galicia, Un baile de charros en la provincia de Salamanca, Las primicias, Un palco en el Teatro Real, El tribunal de aguas en Valencia, El solterón y su criada, El agua bendita en las Comendadoras de Santiago, El chocolate, El coro de monjas.» (*Memorias para la Historia de la Real Academia de San Fernando*, tomo II, año 1868.)

ooo

La obra de Leonardo Alenza es varia y pródiga. Se diversifican sus aptitudes en el retrato, en el cuadro histórico y en las escenas y tipos populares.

Esta última serie de obras es la más numerosa y la más interesante.

Retratos suyos se conservan en el Museo de Arte Moderno, la Academia de San Fernando y la Academia de la Historia. En todos ellos resalta el ahincado propósito realista, la fuerza emotiva, latente en el vigor del trazo y la sobriedad del colorido. No se piensa en Ingres, como obligan a pensar otros retratistas españoles de la misma época. Se piensa en Velázquez y en Goya..., que es más grato recuerdo.



“La calesa”
(Aguasfuertes originales de Alenza)

Sus cuadros históricos son más débiles, más indecisos, extraviada la inspiración, atemorizada la factura por la falta de cultura y por la falta de identificación de su temperamento con los asuntos reproducidos en aquellas enormes máquinas pictóricas.

Lógicamente, á este observador apasionado de los cotidianos espectáculos, de la vida que bullía en torno suyo, no podían interesarle las pretéritas hazañas de monarcas y guerreros.

Pintó, sin embargo, la *Entrada en Segovia del rey niño Don Fernando, hijo de Sancho IV; El descubrimiento del mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa*, entre otros lienzos de largo título y complicada composición.

En cambio, ¡qué jugoso naturalismo, qué subido carácter y espontáneo encanto tienen, por ejemplo, las *Manolas al balcón, Interior de una posada, Fiesta de Carnaval, Un ventorrillo, Gitana diciendo la buena ventura*, y aquella muestra del primitivo *Café de Levante!*

¡Qué enérgico y profundo sentimiento, cuánto sabor á la castiza traza de los maestros españoles, que dieron el norte psicológico y técnico de su pintura, hay en esas trágicas escenas tituladas: *Un ajusticiado, Asesinato é información judicial, Duelo á navaja, Avaro moribundo despidiéndose de su tesoro, Riña á la puerta de un mesón!*

¡Y cómo invade el alma una honda melancolía frente á *El Viático en la calle*, que fué uno de los éxitos de la Exposición de 1838, cuando todavía se elogiaban cosas del género de *Caín matando á Abel*, por Francisco Elías!

Este último, y el mejor de sus aspectos pictóricos el de las escenas realistas, los cuadros de costumbres y los tipos representativos del Madrid de la primera mitad del siglo xix, es el que aparece recogido en *Los caprichos*, de Alenza.

Hasta en el título de la colección de aguafuertes se ve el entusiasmo proselitista que el autor de *Jura y proclamación de Isabel II* siente por Goya. Luego, al hojear las pruebas, el recuerdo del maestro es más elocuente, más repetido. Pasan las majas, los labriegos, los mendigos, las brujas, los rincones de ferias y fiestas populares, los granujillas que trepan á los árboles ó muerden frutas, como en los lienzos de Murillo; se ven las planicies de las afueras madrileñas y el curso lento y exiguo del Manzanares entre la doble ringla de los árboles que entoldan las meriendas vernaes...

SILVIO LAGO

LA ESPERA

JOYAS DEL MUSEO



RETRATO DEL CONDE DE BENAVENTE

Cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

AL MARGEN DE LOS EVANGELIOS

EL CENTURIÓN DORMÍA...

La legión sexta, que tenía por centurión á Flavio Nertio, acudió, de orden del pretor, á sofocar la rebelión galeonita.

Prendió pastores, destruyó chozas y ganados, paseó sus picas y escudos desde Saab á Tiberiades, y una tarde, templada como un baño, penetró, al son de sus trompetas, en Magdala, tremolando aquellos aborrecidos estandartes donde aullaban las soberbias lobas.

Los huertos de Magdala estaban silenciosos, como muertos entre flores. La legión pasaba cantando el himno de las Galias, bárbaro, licencioso y vil:

Este es César, que, al carro de Marte, unce á Venus, borracha y lasciva.

Por las ventanas, entornadas, blanqueaban temblonas barbas seniles. Resplandecían ojos núbiles en su rencor mozo. Se agitaba un revuelo de mantos y de túnicas, huyendo, como tórtolas asustadas.

Y el aire de los huertos, al sonar los escandalosos cánticos, tenía convulsiones y rugía como un león herido.

El centurión, en su yegua blanca, iba delante, pensativo, bajo su casco empenachado de plumas. Echado atrás el manto, descubría la armadura en bronce, y, colgada del cuello, tintineaba la medalla de los quirites.

María, desde su azotea, presenciaba, como otra Salambó en Megara, el paso de las tropas bárbaras. Tímidamente apareció el siervo egipcio.

Venía con recado de la familia, que, indignada contra los legionarios y contra Roma, quería que ella, de la tribu de Judá, volviese por los fueros de su sangre y por el decoro de su raza. Aguardábanla todos allá abajo, congregados en aquel día luctuoso: los viejos y los niños, evocando á los macabeos y gal aleonita, y las mujeres, excitadas, comparándola gloriosamente con Débora y Judith.

Descendió, discutió en medio del corro, erguida, profética. Era israelita, pero amiga de los romanos. Cuanto había tenido de rústica, de intolerante, de indeseable, quedó allá, en el crisol de Roma, como la paja en el harnero. Cuanto tenía de elegancia, de magnanimidad, de ingenio, y hasta de ternura, todo era de aquella «Roma máter». Desde los agujones de su pelo, hasta las correas de sus sandalias, Roma la había aprisionado con cadenas de ocio y de lujo. En Roma estaban todos los talismanes, todas las gracias, todo el bien. Roma era la abundancia y el poderío, trono del César, altar de héroes y de dioses.

—«¿Cómo queréis—decía—que se maldiga el pan que se come y el agua que se bebe? Pues yo os digo que Roma es mi agua y es mi pan.»

La increpaban. Rugían. Tendían hacia ella los



LA MAGDALENA, cuadro de Chiari, que se conserva en el Museo de Roma

puños, apretados por el odio. Un viejo, Manasés, amenazóla con el báculo. Un niño, Elías, la maldijo. Por la sala, encrespada como un motín, rodaban las injurias soeces:

—Tú no eres israelita, perra.

—Yo no engendré esclavas de Roma—decía el padre.

—Yo no parí blasfemas de Israel—decía la madre.

—Muda quede la lengua que alaba al César—gritó su hermano Lázaro.

—Ciegos queden los ojos que han visto la maldita Roma—rugió su hermana Marta.

Y entre aquellos fieros aullidos, despeinada, jadeante bajo la túnica, María de Magdala repetía, como en un sueño:

—«¡Pues yo os digo que Roma es mi agua y es mi pan...!»

ooo

Un siervo de Eliezer, el rico, vino de parte de su amo á prevenirla de la fiesta. Eliezer, aunque fariseo, era también amigo del pretor, y deseaba honrar al centurión, su huésped. ¿Cómo honrarle mejor que ofreciéndole, en el rústico

exilio de Magdala, aquella flor galante, criada en Roma? El centurión la conocía por su fama de ingenio y lujo, y había solicitado de Eliezer la gracia de tan dulce compañía.

Atavióse con la túnica de tres soles, regalo de un procónsul de Africa. Calzóse unas sandalias que usara Livia, madre de Tiberio, en su reciente viaje á Palestina, y recién bañada, perfumada y riente, siguió al siervo y á los legionarios que la escoltaban, llegando á la casa de Eliezer.

El centurión, lánguidamente, la saludó sin levantarse del triclinio. Eliezer quiso abastecerla de homenajes, y mandó entrar á las flautistas. Pero ella, aunque disimulando, sintióse malherida por el desdén. A lo largo de sus melancolías cortesanas, se aparecieron dos fantasmas espantosos: la vejez, la pobreza. Pensaba en Myrtila de Cos y en Lais de Corinto.

Miró de reojo al centurión, que, fatigado ó desencantado, bostezaba bajo el abanicar de una flautista. Algunos legionarios, ebrios, comenzaron á danzar lúbricamente. Un decurión imberbe y rubio penetró, tañendo un pandero. Eliezer ofrecióla vino de Emaus, rogándola que danzase. Ella intentó negarse; mas los soldados la obligaron entre rudezas.

Fué una danza de abdicación, de renunciación, de tormentos íntimos. Mientras aquellos brazos desnudos—que habían merecido estrofas de Cátulo y páginas del «Satiricón»—recogían, soltaban y volvían á recoger la túnica regalo de un procónsul, los legionarios,

zafiamente, luchaban como gladiadores ó intentaban, en su embriaguez, sacar sonidos á las flautas, ó se tumbaban en el suelo, agitando ramas de mirto y gritando estentóreos el ronco himno de las Galias:

Este es César, que, al carro de Marte, unce á Venus, borracha y lasciva.

Desfallécida, entristecida, gustando aquella hiel de olvido y humillación, María de Magdala sintió nacer en toda ella un formidable odio contra Roma. El alma indómita de Israel encendióse dentro de sus entrañas, como un lucero en la noche. Danzaba, sonriendo pérfidamente, mientras sus labios convulsivos decían, por lo bajo, maldiciones espantosas. Y miraba en sus contorsiones lánguidas al centurión, gordo y dormido, como Judith á Holofernes.

Todavía, cuando Eliezer, amigo del pretor, para más halagar á la soldadesca, habló de su veneración por Roma, María de Magdala, entre calenturienta y aturdida, repetía á los legionarios beodos, como á sus padres vengativos:

—«Yo os digo que Roma es mi agua y es mi pan...»

CRISTÓBAL DE CASTRO

EL ENCANTO DE TOLEDO

TOLEDO, en las mañanas claras de sol, tiene un aire alegre y comunicativo de ciudad andaluza. No es la hosca ciudad ceñuda, levítica y guerrera que admiramos en las claras noches de luna, con las innumerables cúpulas de sus iglesias y el ademán adusto de su Alcázar, centinela avanzado de la ciudad...

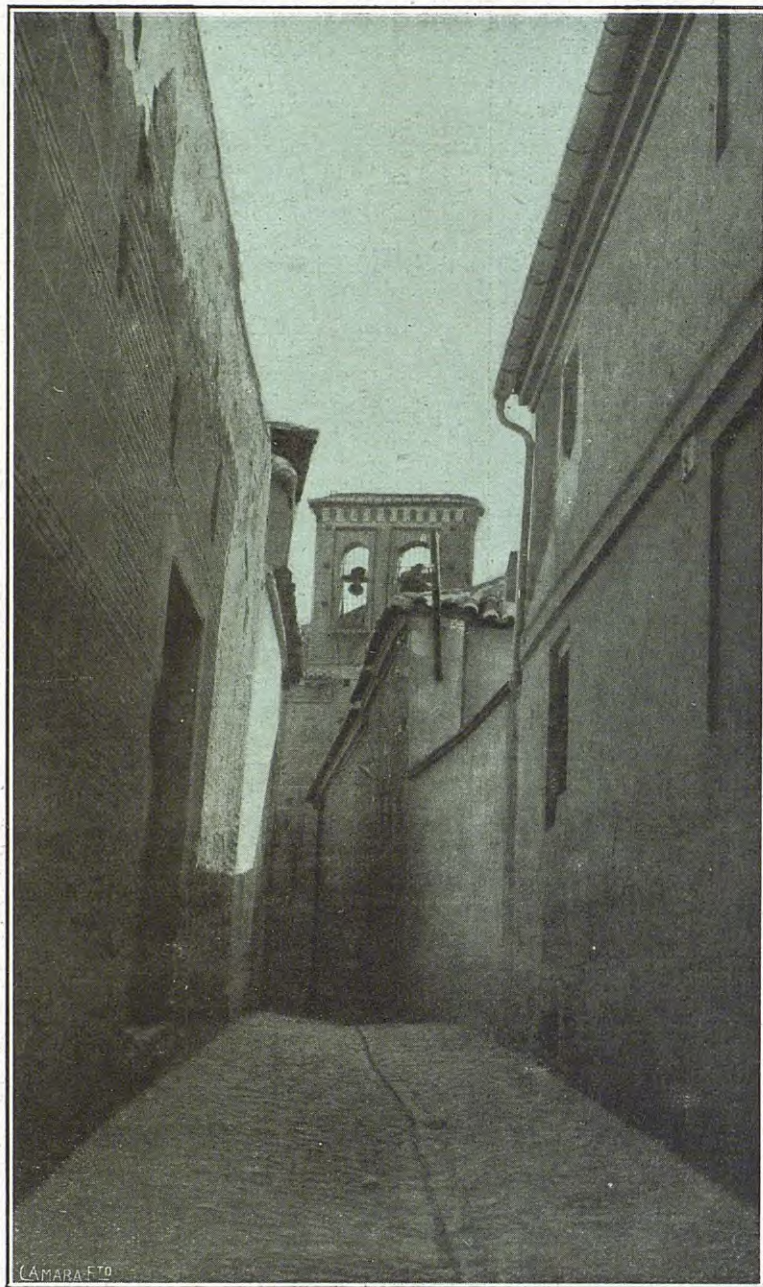
Este aire alegre y jovial se lo da su cielo azul espléndido, sus ventanas florecidas de geranios y claveles; sus rejas, primorosamente trabajadas; sus balcones voladizos, y, sobre todo, la alegría de sus patios moriscos, que tienen toda la poesía meridional de los patios de Sevilla y de Granada...

Los patios son una de las notas más características de Toledo, y en que menos han reparado los viajeros y visitantes de la imperial ciudad. Por este aspecto risueño de su vida doméstica, Toledo se enlaza con el mediodía de España, y pierde la hosca sequedad que le dan su tradición militar y su tonalidad eclesiástica...

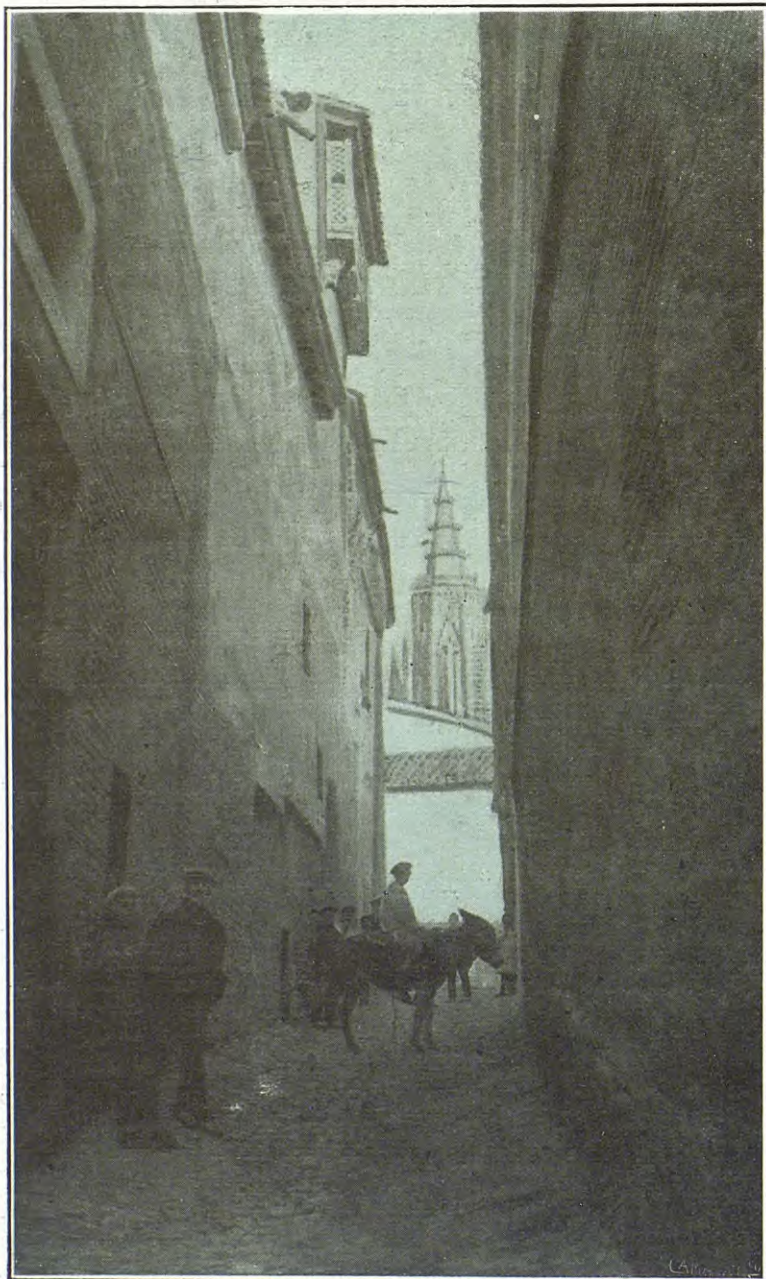
Los patios son más silenciosos y callados que los de Sevilla; hay en ellos menos animación; no se escucha la dicharachera y ceceante charla andaluza; no se ven muchachas vestidas de blanco ó de colores llamativos, con flores en el pelo; no se oyen sonar pianos acompañando soleares quejumbrosas ó sevillanas jocundas ó peteneras desgarradoras... Los patios en Toledo tienen silencio y paz de claustro de convento; no se organizan en ellos tertulias ni se improvisan juegos de prendas; pero ¡son tan íntimos, tan recogidos!...

Luego, las mujeres toledanas son la quintaesencia de la limpieza y del orden casero, y tienen los patios primorosamente adornados, y sus pavimentos están lustrosos, relucientes, nítidos.

Ya en el siglo XVIII las elogiaba por esa estimable virtud doméstica del aseo el curioso arqueólogo é infatigable viajero Antonio Ponz. «Las mujeres son aseadísimas, y lavan los pavimentos enladrillados de las habitaciones casi con la misma frecuencia que los platos. Tienen por mucha



Travesía de San Marcos, con el campanario del convento de Santa Isabel



Travesía de Santa Ursula

porquería el escupir en dichos suelos; pero aun sienten más que se escupa en los patios, también enladrillados, por ser el receptáculo de las aguas llovedizas para sus cisternas; y así es conducente que el que vaya á Toledo sepa esto, para no exponerse á algún sonrojo.»

¡Y cómo no habían de tener por singular porquería esta de escupir en los dichos suelos, y sobre todo en los enladrillados y relucientes pavimentos de los patios!

Y, sin embargo, el autor, que sabía con quién se las había, hace bien advertirle, que no estaba de más la advertencia, enderezada á corregir feos vicios contra la urbanidad de los desaseados y graves hidalgos de la época, herederos de la tradición de la suciedad y el poco respeto á la higiene pública y privada...

Los hidalgos de hoy—estos hidalgos que quedan aún como ejemplos vivientes de la dura y áspera raza de Castilla; estos hidalgos que habitan todo el año en Illescas, en Esquivias, en Madrideojos, en Escalona, en Illán de Vacas, en Talavera de la Reina, en Mocejón—quizá no hayan menester de tal advertimiento, y ya de suyo se muestren cuidadosos y limpios cuando vienen á Toledo por ferias del Corpus ó de San Ildefonso—el Santo Patrón de la diócesis—y se aposentan en esas casas viejas, solemnes, majestuosas, de escudo labrado en el portalón, que tienen esos patios nítidos y relucientes de mosaicos...

Los ladrillos de Toledo compiten en maravilla de belleza y de labor artística con los herrajes de ciertas puertas y cancelas, como no podréis verlos en parte otra alguna de España...

Cuando vayáis á Toledo no olvidéis que un Toledo alegre, audaz y expresivo, de patios claros, de rejas nupciales, de ventanas florecidas, convive dentro del Toledo hosco y militar y del Toledo eclesiástico, sombrío, penitencial...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

FOTS. VILLALBA



La última orgía de Thais

Las lámparas se extinguen una á una...
Entre un tapiz y otro, mal unidos,
desciende el beso casto de la Luna
sobre el haz de los cuerpos confundidos.

Confidencias de amor, glú-glú de fuente,
bajo el dosel frondoso de los álamos...
Un febril balbuceo se presiente
tras las amplias cortinas de los tálamos.

Entre las negligencias de la ropa,
muestra sus gracias Thais, mientras escancia
con indecisa mano, en una copa,
el Chíos, que se extiende por la estancia.

Posee la cortesana la omnimoda
altivez del mirar y la armonía
de Cipris la armoniosa. ¡Thais es toda
la voluptuosidad de Alexandría!

DIBUJO DE PENAGOS

En tanto Dorión derrama el vino
sobre el ebúrneo cuello de su amante,
Eucrito habla con Nicias del divino
humano amor, que dura un solo instante...

Palidece la Luna levemente...
Un siervo nubio, imperturbable, quema
la myrra... El viejo anfitrión, yacente
sobre el triclinio, en su embriaguez blasfema.

Apasionadamente, en esta noche
se han discutido á Cristo y las paganas
creencias... Hubo del saber derroche:
sófismas, besos, risas, epigramas...

Sólo Thais está triste y está muda
entre los esplendores de la orgía.
Clavado el hierro agudo de la Duda
tiene en el alma, y odia á Alexandría.

Como un estoico, abre en su pecho Eucrito
cauce á la vida que abandona inerte...
Silogizando—Dios, el infinito—,
por fin ha hallado una verdad: la Muerte.

Tácitos pasos de la Inesperada...
Pánico miedo de lo sobrehumano...
Thais se deja guiar, horrorizada,
del abad de Atinoe por la mano.

Del cielo en la pureza matutina
los últimos luceros parpadean.
Bajo el alba flagrante y cristalina,
las columnas de pórvido llamean.

La Perla de Racotis, la Omnimoda,
hastada del placer, deja la orgía.
¡Thais es cristiana al fin!... ¡Ha muerto toda
la voluptuosidad de Alexandría!

Juan GONZÁLEZ OLMEDILLA

CUENTOS DE "LA ESFERA"

TRAVESURA

PENAGOS
XVIII

De sobra sabemos que aquí no hay puerta cerrada—dijome el teniente alcalde al referirme este ínfimo suceso—. Por más órdenes terminantes que dé uno, por más cara sería que ponga, aunque aterre á los guardias con severas instrucciones, apenas da media vuelta, entra todo el mundo, como Perico por su casa, en todas partes, ¡hasta en el *sursum corda!* Y entran primero los menos indicados, y se cuelan los que jamás debieron colarse nunca. Y no es lo peor que se cuelen, sino que se desmandan y se aprovechan.

Fué el caso que estábamos construyendo, en los almacenes municipales—¡ya los ha visto usted!—, una carroza de Carnaval. Tenía la carroza la forma de un inmenso lagarto, hecho el cuerpo con verde mirto, y la gorja, ojos y lengua con claveles rojos. Como el diseño era artístico, el animalote resultaba hasta bonito, ó siquiera muy pintoresco. La plataforma estaba hábilmente adaptada á la hechura del saurio, y las rueditas, casi invisibles, eran doradas con purpura. Gran efecto había de causar el tarascón.

Y del barrio, y de más lejos, venían á bandadas golfos y hampones á admirar la obra de arte,

y no podíamos espantarles por más que hacíamos. El uno, por sobrino del carpintero Fulano; el otro, porque le conocía el empleado Mengano; éste, porque era ahijado de la lavandera; aquél, porque su madre, la castañera de la esquina, conocía mucho al concejal H ó B... Al poco rato aquello era una reunión concurrencia, y los que ataban las ramas del mirto ó clavaban las tablas de la plataforma, no podían revolverse, molestados por el enjambre, que cada vez se les echaba más encima, solícito en prestar imaginaria ayuda.

—¿Traigo alfileres? Quié usté puntas de las gordas?

Entre estos auxiliares espontáneos, el más despabilado era un pilluelo, al cual conocían por Maca, abreviatura de Macario, su verdadero nombre. Donde había un recado que dar, una puerta de coche que abrir, algo que recoger del suelo, allí estaba Maca, con su semblante pálido y sucio, su ropa desteñida y remendada, su risa fácil, que celebraba toda broma que se le dirigiese, y su dentadura espléndida, enseñada con motivo de la risa. Así como no hay manera de evitar que el aire se cuele por las rendijas, no la había de librarse de Maca donde algo sucediese,

fuese lo que quisiera. Maca sabía, no puedo decir por qué artes, dónde se reúne la gente, y rara vez se quedaba á la puerta; si veinte veces le despedían, otras tantas volvía, con tenacidad de mosca porfiada á quien osean y de nuevo se posa en el terrón de azúcar. Habíamos acabado por aceptar á Maca como á una imposición de la fatalidad, y sin preguntar de dónde venía, quiénes eran sus padres, ni si era lícito su modo de vivir, casi nos sería penoso que desapareciese, hechos á tomar su importunidad como algo familiar en nuestra vida.

Mientras iba espesando el mirto, figurando la piel del verde monstruo, que en su lomo había de llevar á un grupo de lindas señoritas vestidas de Locuras—nunca disfraz más apropiado—, Maca zascandileaba por allí; nadie se fijó en un momento, al anochecer, en que desapareció como por encanto. A nadie se le podía ocurrir que se hubiese ocultado en cualquier rincón; si se pensase en él, se supondría que andaba yapor la calle, su morada habitual.

Se retiraron los pintores, los operarios, los espectadores, dejando sólo el almacén de trastos y á la tarasca, á la cual sólo faltaban rema-

tes. Antes de retirarse habían dejado, al lado de la carroza, un cestón repleto. Eran bollos, fiambres y botellas con que al otro día serían obsequiadas las Locuras... y no sólo las Locuras, sino sus obsequiantes. Debiendo salir temprano, adelantaron esta precaución.

Apenas quedó el local silencioso, salió Maca de su escondrijo. La obscuridad del recinto no era tan completa que, por los ventanos enrejados, no entrase una luz difusa, á la cual sus ojos se habituaron en seguida. Miró alrededor, y arriadas á la pared vió unas figuras espantables. Eran gigantes con turbante ó con corona, y feísimos enanos con ropajes caprichosos. Había uno armado de todas armas, que en la cabeza ostentaba descomunal bacía de barbero. Había un villano rechoncho, caballero en un asno. Había un inglesón con sombrero gris y patillas rojas, y un gitano con unas tijerazas al cinto disformes. Estos monigotes permanecían cuajados en la expresión exagerada de sus carotas, que degeneraba en mueca. El pilluelo sabía muy bien lo que eran tales vestigios. Hartas veces los había visto desfilar en festejos municipales. Los gigantes, los cabezudos del Ayuntamiento... Casi le parecían amigos. Pero, á tal hora, en la soledad del encierro, con la penumbra dudosa que envolvía sus bultos, adquirían una vida fantástica. Maca no ó algo semejante á miedo. Entonces sus ojos se fijaron en la cesta.

En ella iba á encontrar, no sólo el placer soñado, sino el valor que le faltaba. La abrió y la reconoció, con presteza de gallofero hecho á los lances del merodeo y del descuido.

¡Qué de riquezas! Nunca otras así habían palpado sus dedos ágiles. Trufados y rajas de lengua cuyo olor abría el apetito, jamón jugoso, bocadillos, emparedados formando un bloque, dulces y pastas, caramelos en bolsas de raso... Y, además, unas panzas frías, duras, de botellas que prometían paraísos...

Maca resolvió tomar de cada provisión un

paquete. De las botellas tentadoras decidió apropiarse dos, una de jerez y otra de *champagne*. Nadie lo sabría. Escondería el casco vacío detrás de Sancho Panza, y, luego, averigua quién te dió... Para abrir las botellas allí tenía, á falta de descorchador, el martillo de los carpinteros. Un golpe en el gollete... Roto el cuello, comenzó á empujar. ¡Contra, y qué cosa más buena! Sobre todo, aquel vino que hace espuma, ¡qué fino, qué traidor! ¡Y los bocados! ¡Dios, qué ricos! ¡Qué hermosuras se zampan los concejales! Maca devoró, devoró, engullendo ávidamente, alternando el trago con el tragadillo. ¡Más, más! En medio de su ansia, y de que la cabeza «se le andaba alrededor», el golfo pensó en borrar las huellas de su delito. Ocultó los papeles, los destrozados golletes, los cascos apurados, y, dando traspiés, se acogió á la mole de la verde tarasca. Un sueño invencible le invadía, se apoderaba de su cuerpo ahito y de su cerebro mareado. Una idea se le ocurrió; por mejor decir: le empujó el instinto á buscar refugio en el ancho vientre del monstruo. Deslizóse allí, entre virutas y ramas de mirto desechadas, y en el casi mullido lecho se tendió, ocultándose, maquinalmente, bajo el follaje. Un sopor profundo se apoderó de él. Como una piedra...

Tan como una piedra, que al amanecer del otro día no sintió que encajaban y atornillaban la plataforma, ni que fijaban sobre ella una especie de baranda, con toscos asientos destinados á que los ocupasen las Locuras. Y no percibió que sacaban el mamotreto, ni que le engancharon el tronco de mulas que lo había de arrastrar, ni que el grupo de muchachas, alegre y desenfadado, diciendo timitos y chulerías, se instalaba sobre el lomo del lagarto, armando bulla con los cascabeles de sus cetros carnavalescos, rematados en cabecitas de muequeros bufones. Y empezó el armatoste á rodar, y rodó toda la mañana, entre la algarabía de la multitud, por calles y paseos, recogiendo ova-

ciones, perdiendo mirto á cada vuelta de rueda. Maca se había despertado por fin, con atroz dolor de sienes y bascas horribles. Deseaba gritar, clamar para que le sacasen de la extraña cárcel, y no se atrevía: de fijo le daban una paliza, le derrengaban á puntapiés... Además, le faltaban fuerzas. ¡Estaba malo, muy malo! En su prisión no había aire, y el taconeo que sobre él arribaban las Locuras le resonaba dentro del cráneo, como si le golpeasen con mazos poderosos.

—¡Mi madre!—gemía el misero, á pesar de que no la había conocido nunca.

Por la tarde, mientras el lagarto recorría una vez más los paseos, ya algo pelado, y con deserción de dos ó tres Locuras, cuyo paradero se ignoraba, el golfo, ardiendo en calentura, tuvo un acceso de delirio. Vió á los monigotes de cartón piedra, convertidos en seres reales, que le acosaban, que le ensartaban con sus lanzas ó le aporreaban con sus garrotes. Y vió que un colosal lagarto le tragaba y le digería penosamente. Eran sus propias sensaciones las que atribuía al animal. Su angustia era más cruel: la del que tiene el estómago paralizado. Debió entonces de revolverse con fuerza, porque algo notaron los que dirigían y conducían la carroza.

—No sé qué demonios hay ahí dentro...

Ya se retiraban al almacén. Allí alzaron la plataforma y sacaron al andrajo de humanidad, á Maca, delirando y grotescamente envuelto en ramillas de mirto...

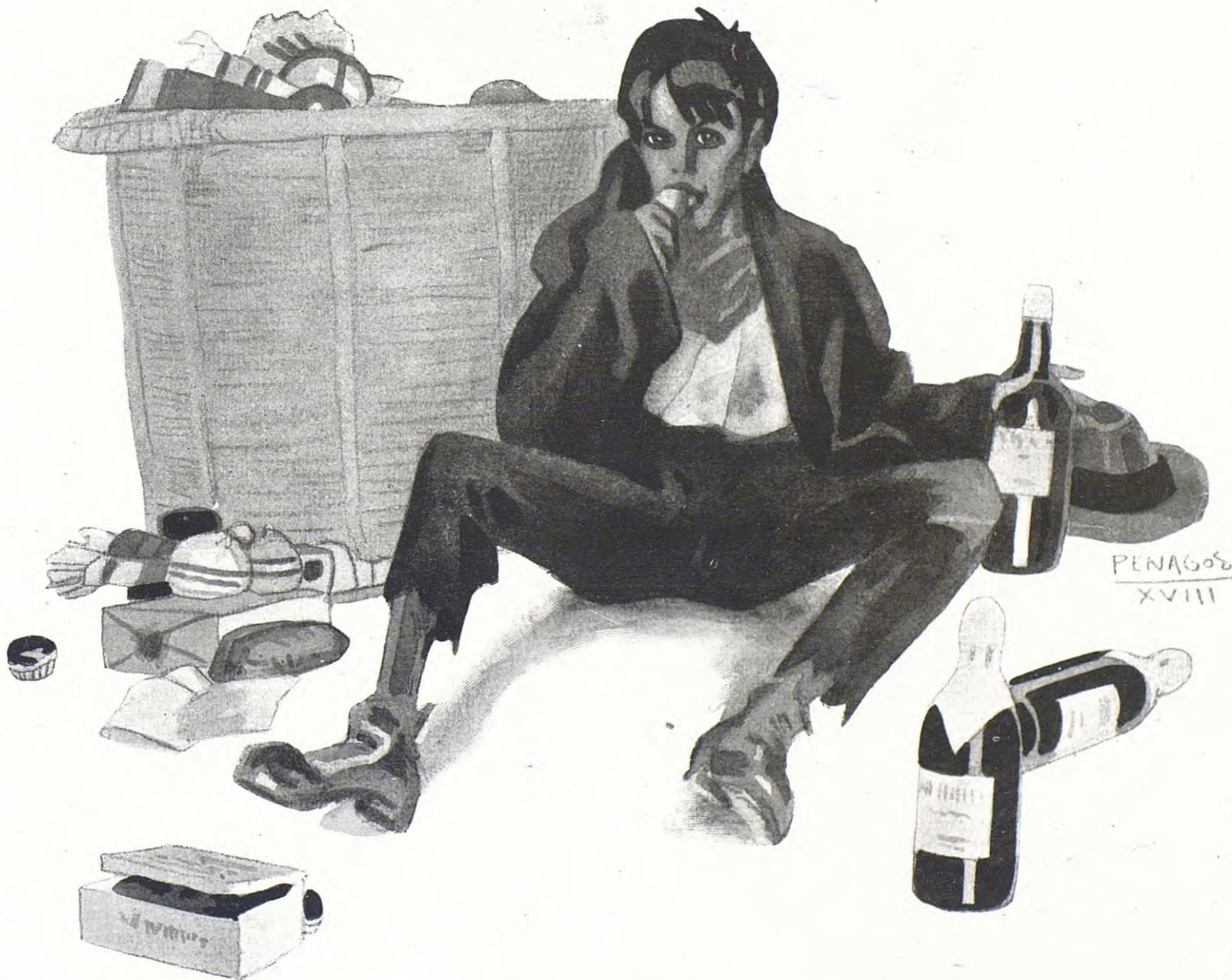
En la Casa de Socorro fallaron: intoxicación, calentura muy alta. En el hospital, á los pocos días, gástricas, tifoideas.

—¿Y en qué paró?—pregunté con interés.

—¡Bah!—respondió el teniente alcalde—. Si usted quiere, averiguaremos. No he vuelto á tener noticia. Sólo sé que á Maca no se le ha vuelto á ver por ahí...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE PENAGOS



SUPERSTICIÓN



Las pequeñas iglesias — casi todas ellas románicas y enverdecidas por los musgos — de las aldeas de Galicia, han despertado siempre en nuestro espíritu sugerencias de superstición. Parece que están colocadas en el fondo del valle ó en la ladera de la montaña, cerca de los bosques sombríos, para proteger á los hombres, como un gran amuleto, contra las malas artes de lo sobrenatural que invade la tierra. Vemos la iglesia y pensamos en los fantasmas que pasean entre los pinares en las noches de luna, y en la procesión de las almas en pena, y en el diablo que asusta á los labradores en las *corredoiras* estrechas afectando la forma de un animal en el que siempre hay un extraño detalle revelador del satánico engaño: el can de pezuñas de cabra, el buey de ojos de fuego, el caballo de crines bermejas... Y, también, los seres irreales que son reminiscencias del paganismo: el *rabeno*, que espera á las mozas oculto en la fronda; el *urco*, que peina sus largas barbas glaucas en el fondo de las rías...

Es una sensación distinta á la de las iglesias castellanas, del color mismo de la tierra, que yerguen una severa torre cuadrada entre las casitas polvorientas. La iglesia castellana sobresale en la llanura y apunta al cielo. Aquellas otras iglesias están como ocultas, como vencidas por el verdor circundante, como vencidas por el panteísmo. Al descubrir á lo lejos la torre de un templo de Castilla el espíritu, atormentado por la aridez de la tierra, sojuzgado por la triste solemnidad de las estepas, deriva al misticismo. La torre señala al cielo y se destaca en él; el espíritu busca la presencia, la compañía de Dios,

para llenar aquel desolado vacío de la llanura y confortarse con la ilusión de una compañía entre el páramo por donde corre una brisa que es también como el aliento de lo infinito. La Superstición no tiene donde esconderse en la estepa. La Superstición huye del sol y de las francas miradas de los hombres. Como huyen también los pájaros de colorines de la llanada sin árboles. La Superstición gusta, para anidar, de los viejos castaños de tronco hueco y de los bosques llenos de rumor y de las grutas que abre el mar en los montes de sus orillas; gusta de los hondos caminos y de los que pasan entoldados por el ramaje y de las montañas donde las rocas tienen monstruosos perfiles. La Superstición es el espíritu del paisaje.

Así, Castilla tiene para sus llanos el fantasma del caballero ó del monje condenados por sacrilegio. En el fondo de casi todas sus leyendas existe el fundamento de una mística preocupa-

ción, de un severo temor al incumplimiento de las divinas ordenanzas. Y vaga el monje en pecado ó devora el corcel del caballero la ancha llanura para edificación y advertencia de los que estén en riesgo de tentación satánica.

Y, así, bajo el fuerte sol de Andalucía, la preocupación supersticiosa se acoge popularmente á ocurrencias triviales sin valor emotivo y sin riqueza: el salero que vuelca, la tinta que se derrama, la silla á la que alguien hace girar sobre uno de los pies, el tuerco, el jorobado, el nombre de un animal que se estima de mal agüero...

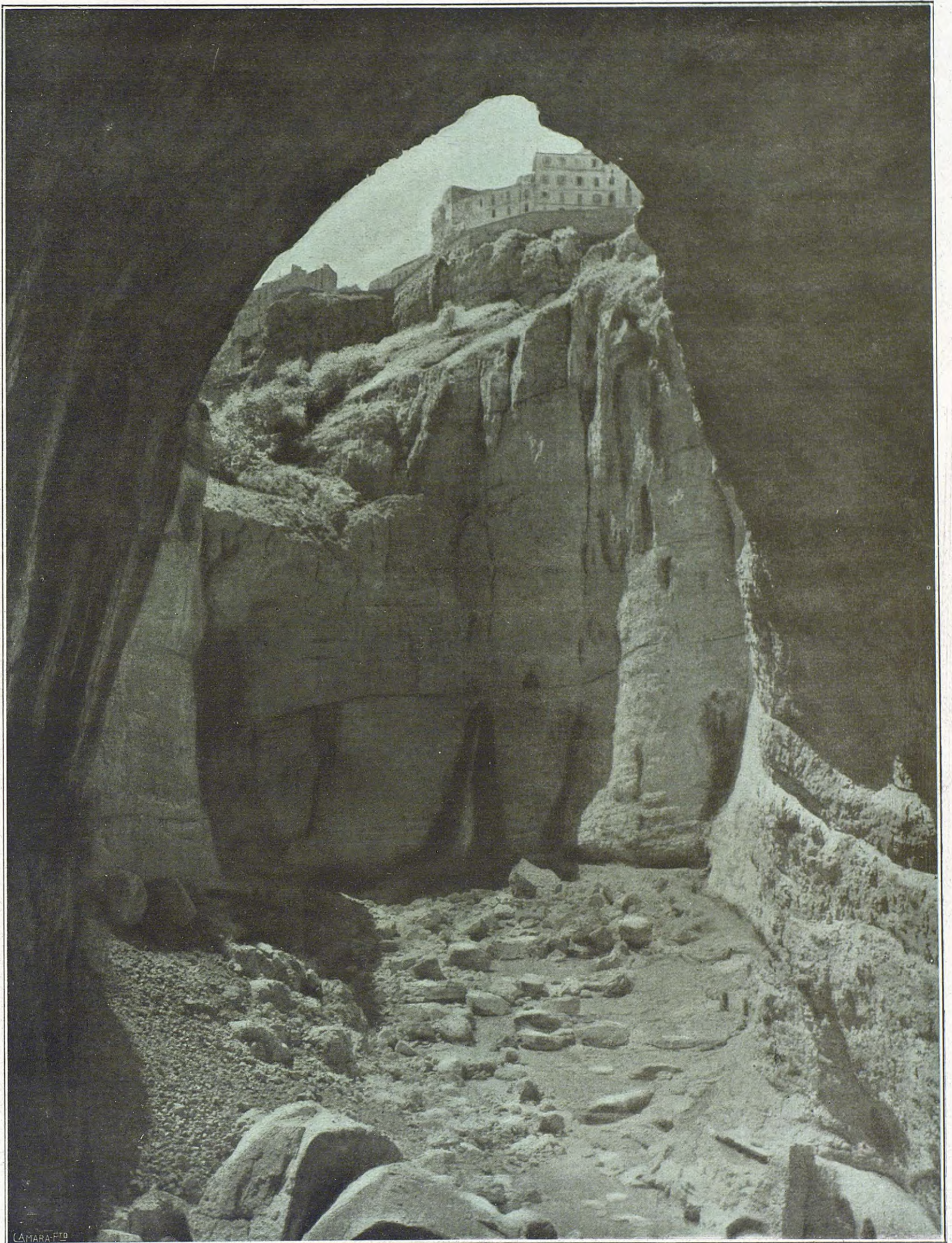
La Superstición es romántica y ama los lugares de romanticismo: los cielos grises, las nieblas de que forja fantasmas, y ese misterio de los rayos de luna en los bosques, y esos árboles tan llenos de sugestión que jamás abandonan el severo verdor de sus hojas: los pinos, los abetos...; y las aguas profundas y tranquilas y verdes de las rías asombradas por montes; y los montes donde pueden vivir los lobos y las brujas y á donde van los leñadores que han visto alguna vez sangrar sangre roja á la encina más vieja, al herirla con su hacha, y bailar á unos enanos barbudos siempre que nacía una nueva luna, roja y redonda y grande como la rueda de un molino.

Por eso, en esta sugestión del paisaje, hasta las pequeñas iglesias aldeanas de la vieja Galicia le hablan al espíritu con la voz suave y misteriosa de la Superstición, que es también una de las Musas. Acaso la primera de todas.

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

DIBUJO DE DHOY

PANORAMAS EXTRANJEROS



TAJO DEL RUHUMEL, EN CONSTANTINA (ARGELIA)

FOT. BERNH REHDER



La catedral de Milán, soberbio monumento de estilo gótico, cuyo extraordinario mérito artístico le coloca en tercer lugar entre las basílicas europeas. Comenzó su edificación hace más de cinco siglos, con arreglo al proyecto del célebre arquitecto italiano Galeazzo Visconti, y aún no está terminada en absoluto

EL AFÁN DE LLEGAR PRONTO

(Peripecia en varios capítulos)



EN casa del buen Paco están muy contentos porque a las tres de la tarde de este domingo de otoño van a venir Juan y Pedro a buscarle en automóvil para hacer nada menos que una excursión.

Paco es un madrileño sin pretensiones, casado como Dios manda, belmontista y empleado de plantilla en Gobernación, que, aunque parezca absurdo, no ha conocido hasta ahora la voluptuosidad de ir encajonado durante varias horas en uno de esos automóviles veloces y gallardos que tan insolentemente nos llenan de barro en la capital. Muy amigo de las excursiones, pero favorecido por el Estado con un sueldo muy corto, fué una vez a Villaverde, en ferrocarril, para recoger el último suspiro de su pobre padre, y hace poco tiempo estuvo en Aranjuez, á donde llevó á su esposa con el deseo de que satisficiera un disculpable capricho de madre en ciernes comiendo fresa muy pequeñita y muy cara. Alguna vez Paco tomó un taxi; pero, ¡oh, Destino adverso!, sin salir del casco de la capital. Toda su inquietud de lontananzas ha fracasado obscuramente en los tranvías 27 ó 22—que son los que le trasladaban desde su domicilio al Negociado—. Este es, sin embargo, un secreto que Paco guarda cuidadosamente, por temor al ridículo. Su misma mujer, enterada hasta el punto conveniente de la borrascosa juventud de Paco, le supone héroe de innumerables excursiones automovilistas por las entrañas de la Sierra. Y la buena señora no deja de envanecerse al recordarlo; porque para toda mujer, por poco que se estime, un novio que no ha pasado en auto el puerto de Guadarrama, no merece llamarse ni hijo de Madrid ni hijo de su época. En las inefables palpitaciones románticas de cualquier casada joven, la gasolina, espuma de civilización; promueve envenenamientos de *haschich*...

Bronca y súbita resuena la bocina al pie de la casa. Paco, seguido de su cónyuge y de sus dos neños, se asoma al balcón, estremeciéndose á

pesar suyo. Allá abajo, el vehículo largo, debidamente polvoriento, resuella indómito y alborota á la vecindad.

Juan, dueño de la preciosa máquina, y Pedro, el amigo inseparable de todo dueño de máquinas preciosas, suben á saludar á Paco y á llevarsele. La mujer, ante generosidad tanta para con su marido, no sabe disimular la emoción que batanea en su amante pecho.

—A ver si vuelcan ustedes, Iriarte. Por más que usted guía divinamente, y el coche es magnífico...

—Sesenta «hache pe», señora. Me sé de memoria el camino. Desde que compré este torpedito, pronto hará un año, no he tenido el más pequeño percance. ¿Qué hora es?

Paco mira el reloj que saca su amigo Pedro.

—Las tres van á dar.

—Pues antes de las cuatro estamos en El Escorial—declara Juan enfáticamente.

Un estremecimiento de ansiedad conmueve á los circunstantes.

¡En El Escorial, á las cuatro!... ¡Prodigio sin ejemplo el del automóvil! ¿Y qué van á hacer los tres amigos en El Escorial, tan pronto?

Juan apremia:

—¡Ea! Andando, que se hace tarde. Vais á ver qué cochecito. Al anoecer estamos de vuelta. ¡Hala, miedoso!

El automóvil, diestramente conducido, vuela dejando detrás merenderos y ventorros, sotillos y encrucijadas. La cuesta de las Perdices, la Casa de Campo...

—Tú, no corras tanto, que hasta mañana no tengo oficina.

Altozanos, arbolillos, campos oscuros, urracas, nubes... El torpedito, delirante, resopla, rebriquetea, retiembla. El famoso, el temible puente de la Muerte...

—Tú, Paco, no corras tanto. Tú, que en El Escorial no tienen prisa por saludarnos...

Pero Paco, adherido al volante, rígido y avizor, parece haber emigrado. Siente un hambre portentosa de kilómetros. La sirena de la distancia le sonríe y le llama escondida tras de la loma, oculta tras el peñasco, agazapada tras el arbolillo. Pedro fuma, satisfechísimo entre el vértigo de sombras que desfilan á ambos lados del automóvil. Paco, alternativamente inquieto y jovial, pero siempre silencioso, experimenta esa impresión de inexplicable bienestar que, yendo de prisa en coche, acaricia al hombre que no tiene prisa.

ooo

Mas he aquí que, bruscamente, suena un estampido, y el carruaje vacila, y Paco se encomienda á Dios Nuestro Señor.

Por verdadero milagro, el percance no tiene importancia: un neumático reventado. Juan y Pedro saltan ágiles á tierra y se despojan, con la misma rapidez, de la americana.

—¿Qué ocurre?

—Anda, ven á ayudarnos, que concluimos en seguida. No temas que mi imprevisión te estropee la tarde. Traigo material de repuesto.

Paco desciende con mucho gusto y se queda, como sus amigos, en mangas de camisa. Con el auxilio de unos «gatos» sacan la rueda no sin esfuerzo, substituyen el neumático roto por uno flamante y el incidente queda resuelto. Han sudado bastante, pero no han dejado de bromear, recordando anécdotas lisonjeras de otros tiempos. Además, como los viajes son esencialmente instructivos, Paco se convence entonces de que un guijarrillo cualquiera del camino puede perforar un neumático y suspender una zambra y hasta aniquilar á tres hombres. Simbolismo fácil pero pavoroso, del que no se tiene el mejor presentimiento junto al *choubersky* del Negociado.

Reparada la avería, el auto parte nuevamente. La tarde, dulce y serena, ratifica y hace fragante en el espíritu de Paco la felicidad de ir volando á ras de los tomillos y las polvaredas...

El coche es abierto, y por él penetra violentamente el aire guadarrameño, tan saludable para los tuberculosos. Paco, que ya no charla tanto, se ensimisma, primero, y se levanta el cuello de la americana, después.

Hace ya mucho tiempo que debieron sonar las cuatro en la Puerta del Sol. El paisaje es bellísimo; pero Paco no le ve. Con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, va pensando en lo muy agradable que sería estar ya en El Escorial y meterse en la cama, por fermentada que fuese, de cualquier fonda.

Y el auto vuela, y el monasterio no se vislumbra, y la cuesta se alarga, se alarga...

ooo

Una llovizna menudita clava sus millones de agujas en el fruncido rostro de Paco y sus amigos. El aire, cada vez más entrometido, raja, flagela, pincha, tunde. Juan, muy serio, sin descuidar el volante, repite de vez en cuando, torciendo la cabeza:

—¡Qué! ¿Te gusta el camino? Es precioso, ¿verdad?

La voz, un poco ronca, de Paco, sale de entre la solapa y el sombrero:

—¡Precioso!

Pedro, menos sensible á las veleidades atmosféricas, tararea un cuplé, y desprecia á Paco, novicio en estas correrías.

—¡Las veces que yo habré pasado por aquí!

—¿En este tiempo?

—Y con nieve, y con centellas, y con sol del infierno. ¿Te acuerdas, Juanito, de aquella madrugada en el alto del León, cuando se nos rompió un volante?...

Juan sonrío complacido, á la vez que hace un viraje asombroso. Paco, del empujón, rueda hacia el ángulo opuesto del coche. El frío arrecia. La lluvia envuelve al paisaje en su poético sahumero y acribilla el semblante de los excursionistas. Allá, por fin, asoman las torres del monasterio, y detras de las nubes se insinúa la noche.

ooo

A Paco, ¡qué caramba!, le habría extasiado seguir en el café del pueblo, donde arde un brasero muy simpático. Pero es tarde: la obscuridad aumenta y se impone volver á Madrid lo antes posible. La rotura del neumático ha modificado un poco los planes de Juan. Sin este percance, ya estarían de regreso.

Paco siente apetito. El aire de la Sierra es, sin disputa, muy sano. Y, en consecuencia, pide un bocadillo.

El mozo, con la mejor de sus sonrisas, declara que no puede complacerle. No hay en el café más que café. Claro que, si el señor lo desea, podría servirle un bisté; pero el bisté requiere varios minutos de espera, y Juan, propietario del torpedo, no puede aceptar las proposiciones del

camarero, porque, decididamente, en El Escorial hace mucho frío.

Paco toma el café, se despidе con repentina desolación del brasero y torna á arrellanarse en el auto. Quisiera bromear, y un extraño imperio se lo veda. Quisiera sonreír, y no le es posible. Le duele un hombro; le duelen los riñones. Aquel cambio de neumático...

Cuando el auto arranca, la mole gigantesca del monasterio apenas se destaca entre los resplandores mortecinos del crepúsculo. Pedro dedica una memoria virulenta á Felipe II; lanza luego un piropo perturbador á las mozas que se cruzan con el coche, y, finalmente, vuelve á tarrear el mismo cuplé de antes.

La carretera comienza á blanquear entre las sombras. Ladran los perros; resuena larga, lúgubre y desoladora la sirena en el silencio del paisaje.

Juan pregunta de pronto:

—¿Qué hora es?

—Las seis y veinte.

—Antes de las siete estamos en Madrid.

Pero entonces Paco se yergue apocalíptico:

—No será eso verdad.

—¿Por qué?

—Hombre, porque no sé si habrás advertido que corre un céfiro que hiela.

—¡Festivo!

—¡Tú, no amueles!

—¡Calla, idiota!

—Que no amueles, tú. Que yo estoy helado.

Pero el coche vuela, y vuela, y nadie ni nada le detiene. Paco empieza á sentirse un poco defraudado, y hasta no sabe á punto fijo si delira. Recuerda á los ingleses en el Polo Norte, y piensa, con invencible estremecimiento, en los apacibles, seguros y campechanos tranvías veintidós y veintisiete...

ooo

Como una exhalación entra el auto en la calle del Arenal. Juanito se vuelve y mira á sus amigos, jactancioso:

—¿Eh? Mirad la hora en Gobernación. Esto se llama, en mi tierra, un coche, y lo demás son calderos. Puesto que es temprano todavía, nos acercaremos á la Castellana, y después acompañaremos á Pedro hasta el Casino.

Y el auto, siempre infatigable, siempre velocísimo, sortea obstáculos, avanza, tuerce á un lado, tuerce al otro, juguetea travieso, insolente, ágil, incomparable... Si Paco no estuviese muerto de frío, admiraría tanta agilidad y garbo.

¿Cómo se lo confesaría á Juan? La gratitud sella su labio, cárdeno y tembloroso. Nunca ha sentido tan hondas nostalgias de mesa camilla y de ponche. Desgraciadamente, Juan, deseoso de que su amigo se divierta, es inexorable:

—Mira, ahora que hemos dejado á Pedro, vamos á seguir por el Prado.

Pero Paco ya está ahito de kilómetros.

—Yo me voy á casa ya, que es tarde.

—Bueno; te llevaré allá. ¿Qué hora es? No vamos á invertir ni tres minutos. ¿Has visto qué coche?

—Formidable. Y lo manejas como pocos.

Juan, conmovido, sigue hablándole de sus proezas automovilísticas con un entusiasmo que Paco celebraría compartir. El diálogo no decae. Ya cerca del barrio donde vive Paco, el coche empieza á rezongar sospechosamente, aminora su marcha y concluye por detenerse.

—¿Qué ocurre?

—Calla, que esto va á ser gracioso.

Desciende Juan, inquieto; descende Paco, dócil. El auto se ha parado sobre los rieles del tranvía, y, mientras Juan examina el depósito de la esencia, suena á sus espaldas un tintineo apremiante.

—¡Vaya! ¡Qué idiotez!

—¿Qué sucede, Juanito?

—La gasolina. Que se ha concluido.

—Ya te decía yo que no fuésemos á la Castellana.

—Pero, hombre... ¡Qué caramba!... ¿Cómo pensar que...?

La campana del tranvía, con evidente intemperancia, sigue sonando. Juan medita. Y se decide:

—Anda, anda. Empuja un poco, haz el favor, á ver si podemos desviarnos de aquí para que pase ese bruto.

Y Paco aplica el hombro, y empuja como se le pide. El coche, estupendo, resbala muy bien sobre sus neumáticos. El tranvía se aleja, lleno de cuchufletas y curiosidades. Sin embargo, la cosa no ha terminado aún.

Juan medita otra vez, y le dice á su amigo:

—Aquí no podemos quedarnos. Oye: precisamente ahí cerca encontrarás un *garage*. ¿Quieres ir y traerte un bidón? Te costará ocho ó diez pesetas. Toma.

—¡Quita, hombre!

—Toma, te digo.

—¡No faltaba más!...

Paco pregunta por el *garage*, encuentra el *garage* y ve que el *garage* está cerrado. Pero á un kilómetro de allí hay otro, donde le facilitarán el anhelado bidón, por el que paga los dos duros que le quedaban para acabar el mes. Con la consiguiente alegría retorna al lugar del suceso; Juan llena el depósito, pone el coche en marcha y, amable, deja á su amigo Paco en casa. Paco, ennegrecido, sudoroso y tiritando, llama á la puerta. Son las diez de la noche. La mujer le abraza, le interpela, le acosa. Paco miente heroicamente, como otro Tartarín, y aun acierta á evitar una lágrima que pretendía «rodar silenciosa y elocuente por sus mejillas»...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJOS DE ROBLADANO



EL AFÁN DE LLEGAR PRONTO

(Peripetia en varios capítulos)



EN casa del buen Paco están muy contentos porque á las tres de la tarde de este domingo de otoño van á venir Juan y Pedro á buscarle en automóvil para hacer nada menos que una excursión.

Paco es un madrileño sin pretensiones, casado como Dios manda, belmontista y empleado de plantilla en Gobernación, que, aunque parezca absurdo, no ha conocido hasta ahora la voluptuosidad de ir encajonado durante varias horas en uno de esos automóviles veloces y gallardos que tan insolentemente nos llenan de barro en la capital. Muy amigo de las excursiones, pero favorecido por el Estado con un sueldo muy corto, fué una vez á Villaverde, en ferrocarril, para recoger el último suspiro de su pobre padre, y hace poco tiempo estuvo en Aranjuez, á donde llevó á su esposa con el deseo de que satisficiera un disculpable capricho de madre en ciernes comiendo fresa muy pequeñita y muy cara. Alguna vez Paco tomó un taxi; pero, ¡oh, Destino adverso!, sin salir del casco de la capital. Toda su inquietud de lontananzas ha fracasado obscuramente en los tranvías 27 ó 22—que son los que le trasladaban desde su domicilio al Negociado—. Este es, sin embargo, un secreto que Paco guarda cuidadosamente, por temor al ridículo. Su misma mujer, enterada hasta el punto conveniente de la borrascosa juventud de Paco, le supone héroe de innumerables excursiones automovilistas por las entrañas de la Sierra. Y la buena señora no deja de envanecerse al recordarlo; porque para toda mujer, por poco que se estime, un novio que no ha pasado en auto el puerto de Guadarrama, no merece llamarse ni hijo de Madrid ni hijo de su época. En las inefables palpitaciones románticas de cualquier casada joven, la gasolina, espuma de civilización, promueve envenenamientos de *haschich*...

Bronca y súbita resuena la bocina al pie de la casa. Paco, seguido de su conyuge y de sus dos nenes, se asoma al balcón, estremeciéndose á

pesar suyo. Allá abajo, el vehículo largo, debidamente polvoriento, resuella indómito y alborota á la vecindad.

Juan, dueño de la preciosa máquina, y Pedro, el amigo inseparable de todo dueño de máquinas preciosas, suben á saludar á Paco y á llevarse. La mujer, ante generosidad tanta para con su marido, no sabe disimular la emoción que batanea en su amante pecho.

—A ver si vuelcan ustedes, Iriarte. Por más que usted guía divinamente, y el coche es magnífico...

—Sesenta «hache pe», señora. Me sé de memoria el camino. Desde que compré este torpedito, pronto hará un año, no he tenido el más pequeño percance. ¿Qué hora es?

Paco mira el reloj que saca su amigo Pedro.

—Las tres van á dar.

—Pues antes de las cuatro estamos en El Escorial—declara Juan enfáticamente.

Un estremecimiento de ansiedad conmueve á los circunstantes.

—¡En El Escorial, á las cuatro!... ¡Prodigio sin ejemplo el del automóvil! ¿Y qué van á hacer los tres amigos en El Escorial, tan pronto?

Juan apremia:
—¡Ea!, no corras tanto, que se hace tarde. Vais á ver qué cochecito. Al anochecer estamos de vuelta. ¡Hala, miedoso!

El automóvil, diestramente conducido, vuela dejando detrás merenderos y ventorros, sotillos y encrucijadas. La cuesta de las Perdices, la Casa de Campo...

—Tú, no corras tanto, que hasta mañana no tengo oficina.

Altozanos, arbolillos, campos oscuros, urracas, nubes... El torpedito, delirante, resopla, rebrinquetea, retiembla. El famoso, el temible puente de la Muerte...

—Tú, Paco, no corras tanto. Tú, que en El Escorial no tienen prisa por saludarnos...

Pero Paco, adherido al volante, rígido y avizor, parece haber emigrado. Siente un hambre portentosa de kilómetros. La sirena de la distancia le sonríe y le llama escondida tras de la loma, oculta tras el peñasco, agazapada tras el arbolillo. Pedro fuma, satisfechísimo entre el vértigo de sombras que desfilan á ambos lados del automóvil. Paco, alternativamente inquieto y jovial, pero siempre silencioso, experimenta esa impresión de inexplicable bienestar que, yendo de prisa en coche, acaricia al hombre que no tiene prisa.

Mas he aquí que, bruscamente, suena un estampido, y el carruaje vacila, y Paco se encomienda á Dios Nuestro Señor.

Por verdadero milagro, el percance no tiene importancia: un neumático reventado. Juan y Pedro saltan ágiles á tierra y se despojan, con la misma rapidez, de la americana.

—¿Qué ocurre?
—Anda, ven á ayudarnos, que concluimos en seguida. No temas que mi imprevisión te estropee la tarde. Traigo material de repuesto.

Paco desciende con mucho gusto y se queda, como sus amigos, en mangas de camisa. Con el auxilio de unos «gatós» sacan la rueda no sin esfuerzo, substituyen el neumático roto por uno flamante y el incidente queda resuelto. Han sudado bastante, pero no han dejado de bromear, recordando anécdotas lisonjeras de otros tiempos. Además, como los viajes son esencialmente instructivos, Paco se convence entonces de que un guijarrillo cualquiera del camino puede perforar un neumático y suspender una zambra y hasta aniquilar á tres hombres. Simbolismo fácil pero pavoroso, del que no se tiene el mejor presentimiento junto al *choubersky* del Negociado.

Reparada la avería, el auto parte nuevamente. La tarde, dulce y serena, ratifica y hace fragante en el espíritu de Paco la felicidad de ir volando á ras de los tomillos y las polvaredas...

El coche es abierto, y por él penetra violentamente el aire guadarrameño, tan saludable para los tuberculosos. Paco, que ya no charla tanto, se ensimisma, primero, y se levanta el cuello de la americana, después.

Hace ya mucho tiempo que debieron sonar las cuatro en la Puerta del Sol. El paisaje es bellísimo; pero Paco no le ve. Con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, va pensando en lo muy agradable que sería estar ya en El Escorial y meterse en la cama, por fermentada que fuese, de cualquier fonda.

Y el auto vuela, y el monasterio no se vislumbra, y la cuesta se alarga, se alarga...

ooo

Una llovizna menudita clava sus millones de agujas en el fruncido rostro de Paco y sus amigos. El aire, cada vez más entrometido, raja, flagela, pincha, tunde. Juan, muy serio, sin descuidar el volante, repite de vez en cuando, torciendo la cabeza:

—¡Qué! ¿Te gusta el camino? Es precioso, ¿verdad?

La voz, un poco ronca, de Paco, sale de entre la solapa y el sombrero:

—¡Precioso!

Pedro, menos sensible á las veleidades atmosféricas, tararea un cuplé, y desprecia á Paco, novicio en estas correrías.

—¡Las veces que yo habré pasado por aquí!

—¿En este tiempo?

—Y con nieve, y con centellas, y con sol del infierno. ¿Te acuerdas, Juanito, de aquella madrugada en el alto del León, cuando se nos rompió un volante?...

Juan sonríe complacido, á la vez que hace un viraje asombroso. Paco, del empujón, rueda hacia el ángulo opuesto del coche. El frío arrece. La lluvia envuelve al paisaje en su poético sahumero y acribilla el semblante de los excursionistas. Allí, por fin, asoman las torres del monasterio, y detras de las nubes se insinúa la noche.

ooo

A Paco, ¡qué caramba!, le habría extasiado seguir en el café del pueblo, donde arde un brasero muy simpático. Pero es tarde: la obscuridad aumenta y se impone volver á Madrid lo antes posible. La rotura del neumático ha modificado un poco los planes de Juan. Sin este percance, ya estarían de regreso.

Paco siente apetito. El aire de la Sierra es, sin disputa, muy sano. Y, en consecuencia, pide un bocadillo.

El mozo, con la mejor de sus sonrisas, declara que no puede complacerle. No hay en el café más que café. Claro que, si el señor lo desea, podría servirle un bisté; pero el bisté requiere varios minutos de espera, y Juan, propietario del torpedo, no puede aceptar las proposiciones del

camarero, porque, decididamente, en El Escorial hace mucho frío.

Paco toma el café, se despide con repentina desolación del brasero y torna á arrellanarse en el auto. Quisiera bromear, y un extraño imperio se lo veda. Quisiera sonreír, y no le es posible. Le duele un hombro; le duelen los riñones. Aquel cambio de neumático...

Cuando el auto arranca, la mole gigantesca del monasterio apenas se destaca entre los resplandores mortecinos del crepúsculo. Pedro dedica una memoria virulenta á Felipe II; lanza luego un piropo perturbador á las mozas que se cruzan con el coche, y, finalmente, vuelve á tararear el mismo cuplé de antes.

La carretera comienza á blanquear entre las sombras. Ladran los perros; resuena larga, lúgubre y desoladora la sirena en el silencio del paisaje.

Juan pregunta de pronto:

—¿Qué hora es?

—Las seis y veinte.

—Antes de las siete estamos en Madrid.

Pero entonces Paco se yergue apocalíptico:

—No será eso verdad.

—¿Por qué?

—Hombre, porque no sé si habrás advertido que corre un céfiro que hiela.

—¡Festivo!

—¡Tú, no amueles!

—¡Calla, idiota!

—Que no amueles, tú. Que yo estoy helado.

Pero el coche vuela, y vuela, y nadie ni nada le detiene. Paco empieza á sentirse un poco defraudado, y hasta no sabe á punto fijo si delira. Recuerda á los ingleses en el Polo Norte, y piensa, con invencible estremecimiento, en los apacibles, seguros y campechanos tranvías veintidós y veintisiete...

ooo

Como una exhalación entra el auto en la calle del Arenal. Juanito se vuelve y mira á sus amigos, jactancioso:

—¿Eh? Mirad la hora en Gobernación. Esto se llama, en mi tierra, un coche, y lo demás son calderos. Puesto que es temprano todavía, nos acercaremos á la Castellana, y después acompañaremos á Pedro hasta el Casino.

Y el auto, siempre infatigable, siempre velocísimo, sortea obstáculos, avanza, tuerce á un lado, tuerce al otro, juguetea travieso, insolente, ágil, incomparable... Si Paco no estuviese muerto de frío, admiraría tanta agilidad y garbo.

¿Cómo se lo confesaría á Juan? La gratitud sella su labio, cárdeno y tembloroso. Nunca ha sentido tan hondas nostalgias de mesa camilla y de ponche. Desgraciadamente, Juan, deseoso de que su amigo se divierta, es inexorable:

—Mira, ahora que hemos dejado á Pedro, vamos á seguir por el Prado.

Pero Paco ya está ahito de kilómetros.

—Yo me voy á casa ya, que es tarde.

—Bueno; te llevaré allá. ¿Qué hora es? No vamos á invertir ni tres minutos. ¿Has visto qué coche?

—Formidable. Y lo manejas como pocos.

Juan, conmovido, sigue hablándole de sus proezas automovilísticas con un entusiasmo que Paco celebraría compartir. El diálogo no decae. Ya cerca del barrio donde vive Paco, el coche empieza á rezongar sospechosamente, aminora su marcha y concluye por detenerse.

—¿Qué ocurre?

—Calla, que esto va á ser gracioso.

Desciende Juan, inquieto; descende Paco, dócil. El auto se ha parado sobre los rieles del tranvía, y, mientras Juan examina el depósito de la esencia, suena á sus espaldas un tintineo apremiante.

—¡Vaya! ¡Qué idiotez!

—¿Qué sucede, Juanito?

—La gasolina. Que se ha concluido.

—Ya te decía yo que no fuésemos á la Castellana.

—Pero, hombre... ¡Qué caramba!... ¿Cómo pensar que...?

La campana del tranvía, con evidente intemperancia, sigue sonando. Juan medita. Y se decide:

—Anda, anda. Empuja un poco, haz el favor, á ver si podemos desviarnos de aquí para que pase ese bruto.

Y Paco aplica el hombro, y empuja como se le pide. El coche, estupendo, resbala muy bien sobre sus neumáticos. El tranvía se aleja, lleno de cuchufletas y curiosidades. Sin embargo, la cosa no ha terminado aún.

Juan medita otra vez, y le dice á su amigo:

—Aquí no podemos quedarnos. Oye: precisamente ahí cerca encontrarás un *garage*. ¿Quieres ir y traerme un bidón? Te costará ocho ó diez pesetas. Toma.

—¡Quita, hombre!

—Toma, te digo.

—¡No faltaba más!...

Paco pregunta por el *garage*, encuentra el *garage* y ve que el *garage* está cerrado. Pero á un kilómetro de allí hay otro, donde le facilitarán el anhelado bidón, por el que paga los dos duros que le quedaban para acabar el mes. Con la consiguiente alegría retorna al lugar del suceso; Juan llena el depósito, pone el coche en marcha y, amable, deja á su amigo Paco en casa. Paco, ennegrecido, sudoroso y tiritando, llama á la puerta. Son las diez de la noche. La mujer le abraza, le interpela, le acosa. Paco miente heroicamente, como otro Tartarín, y aun acierta á evitar una lágrima que pretendía «rodar silenciosa y elocuente por sus mejillas»...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJOS DE ROBLEDANO



ESPAÑA ARTISTICA Y MONUMENTAL
LA IGLESIA DE SANTA MARÍA, DE DUEÑAS



La cruz parroquial



Torre y pórtico de ingreso á la iglesia parroquial de Dueñas



Uno de los cálices

CERCA ya de la provincia de Valladolid, se halla situado el palentino pueblo de Dueñas, uno de los más bellos y pintorescos de la Tierra de Campos, no tanto por su propio valor como por el que le da lo ameno y grato de sus contornos, plenos de arboledas y cauces de agua que fertilizan su extensa y dilatada vega, donde se producen con gran profusión toda clase de frutos.

Tiene esta villa un sabor arcaico y legendario que constituye uno de sus principales atractivos, y en algunas de las notables casonas que de trecho en trecho muestran la pátina augusta é inconfundible de los tiempos pretéritos, vense escudos y blasones toscamente esculpidos en bloques de berroqueña, y que son como huellas de viejas razas y rancios abolengos. En verdad que la nobleza de esta villa, apacible y tranquila, supera á la de muchas ciudades españolas, pues sobre su territorio hubieron de acontecer hechos históricos de indiscutible importancia que la Historia, en sus páginas, se ha encargado de recoger.

Grata tarea para nosotros sería la de consignar en estas páginas, siquiera fuese de un modo sucinto y rápido, algunos de los anales históricos que dieron nombre y prez á Dueñas; pero (dejando á un lado que la índole intrascendente de este trabajo no es muy á propósito para ello) el espacio de que disponemos no es tan dilatado que nos permita grandes digresiones. Hemos, pues, de ceñirnos al objeto con que comenzamos á pergeñar estas líneas, y que no es otro que el de ofrecer al lector algunas bellas fotografías de la importante villa palentina, la cual, con el palacio del duque de Medinaceli, allí existente, y al cual dió prestigio el haber sido morada de reyes é ilustres perso-

najes de Castilla, constituye lo más notable que, en punto á arquitectura antigua, existe en Dueñas.

Pertenece esta iglesia al período de transición románico-ojival, y fué construída en la primera mitad del siglo xiii, y, á pesar de su notoria antigüedad, merece consignarse el excelente estado de conservación en que se encuentra, comparándole con el de otros templos de construcción mucho más reciente, la mayoría de los cuales

ter, no obstante lo cual, aun conserva el edificio vestigios considerables de su primitiva magnificencia, constituida principalmente por las hermosas naves y la riquísima capilla mayor, exornada con bellos ventanales bizantinos.

Una de las joyas más valiosas que posee esta iglesia, la constituye un hermoso retablo gótico, compuesto de diez y nueve cuadros de primorosa talla, y de diez y ocho esbeltas y magníficas estatuas, bajo afilagrados doseles, y que se conserva en uno de los tasteros de la capilla mayor.

En diferentes lugares del templo se hallan colocados los sepulcros de los condes de Buendía, de San Pedro, el de D. Lope Vázquez, y el de su esposa, Doña Inés Enríquez.

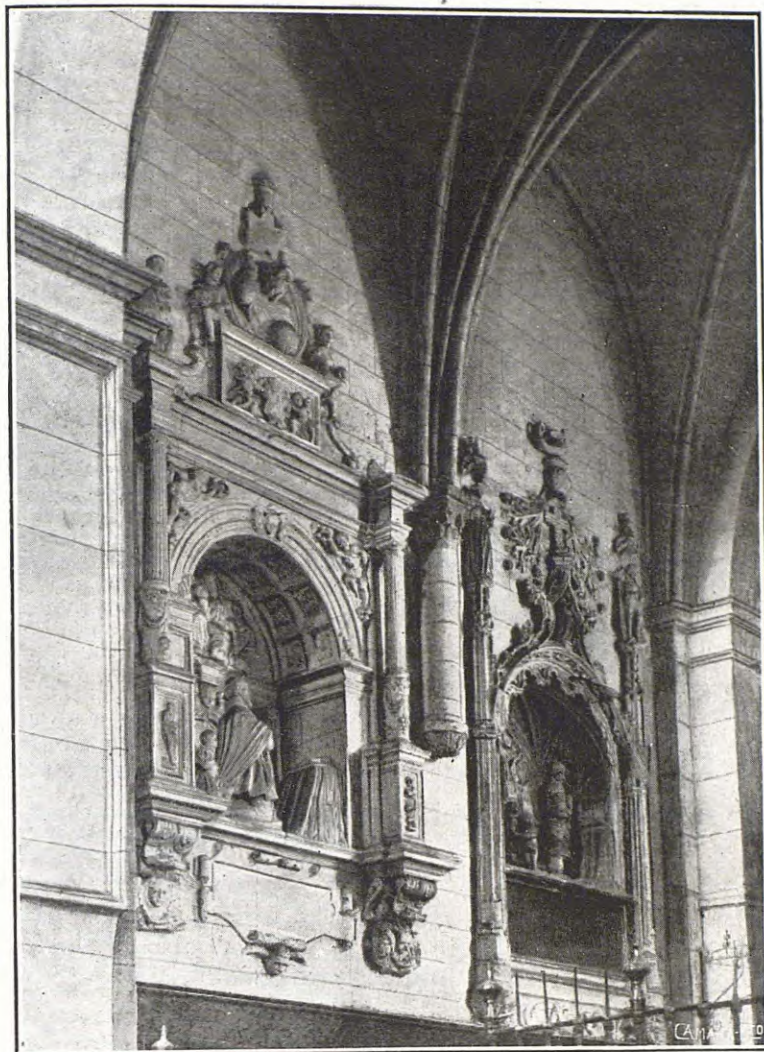
El del conde de San Pedro representa á éste postrado ante su reclinatorio, teniendo tras él á dos pajecillos en actitud servil, sosteniendo la espada, el escudo y el yelmo de su señor.

Las demás particularidades de este templo, con ser de alguna importancia, no tienen, á nuestro juicio, la suficiente para que nos detengamos en una prolija enumeración, que suplen cumplidamente las fotografías que acompañan á estas breves líneas.

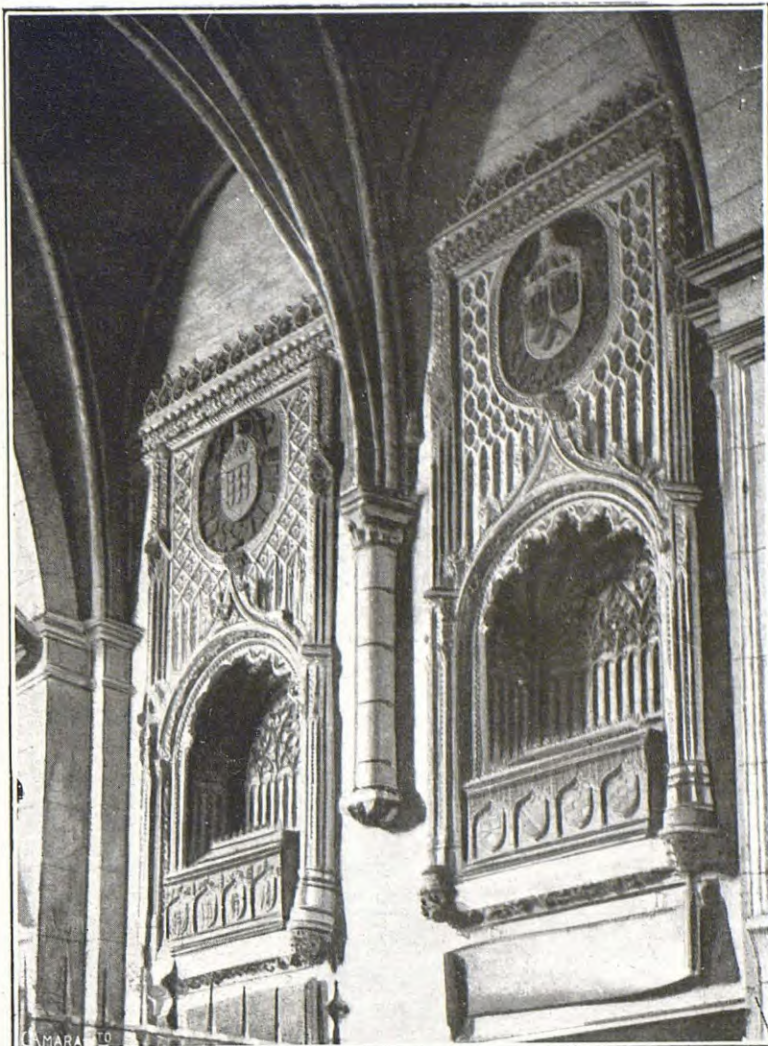
L. G.



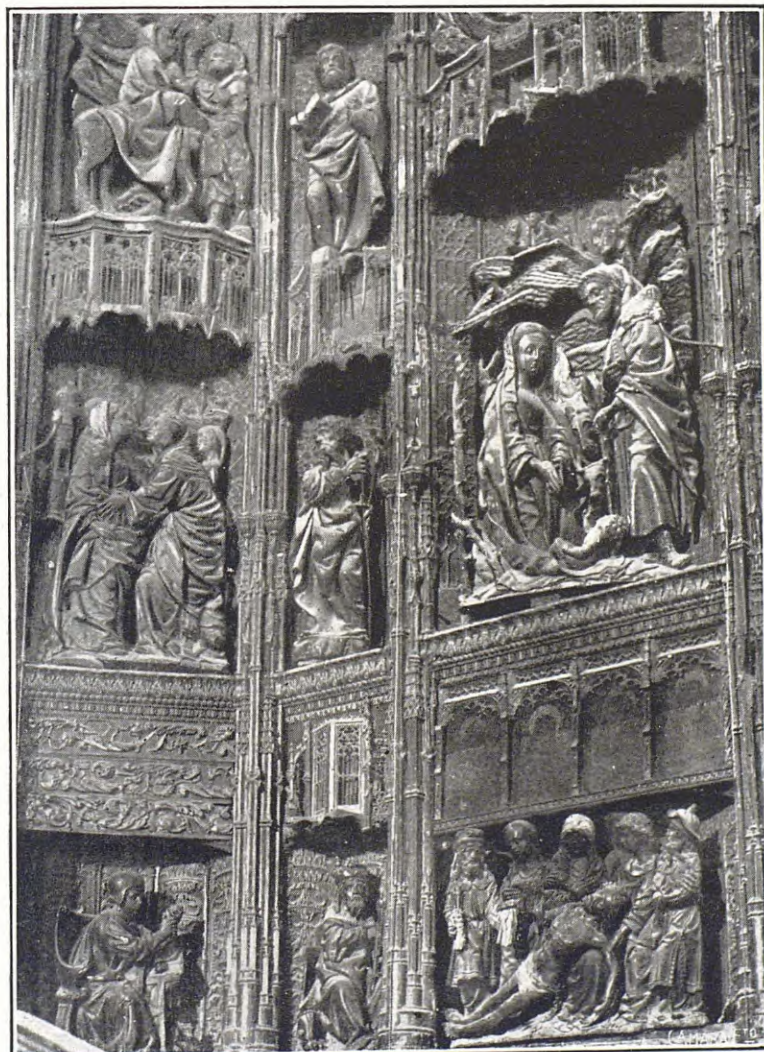
Un sepulcro de gran valor arqueológico



Sepulchros del primero y tercer conde de Buendia



Sepulcro de los segundos condes de Buendia



Detalles del retablo mayor de la iglesia parroquial de Dueñas



ENTRE BASTIDORES

PEQUEÑAS voluptuosidades de los teatros madrileños... Mercedes Seros, la *Checa*, Helena Cortesina, guirnalda primaveral que por unos instantes embelleció la sudorosa y vinosa testa del sátiro en cuyas greñas tantas y tantas hembras torpes colgaron falsos collares de odalisca, gitanescas peñas de celuloide verde y colorado, los arrees bárbaros de una orgía de plebeyez... Por fin no desfilan en un escenario de *varietés* las mujeres gordas con su temblor de gelatina, con su voz de colmado flamenco, con sus disfraces grotescos; ¡oh las sedas y el raso con lentejuelas en las caderas anchas y redondas, como gualdrapas sobre poderosos rocines de cabalgata en provincias!... ¿Llegó ya el momento de comprender que el *music-hall* requiere un espectáculo íntimo y exquisito, amable y agudo, en relación con la sala menuda, y con el público, que constituye una gran tertulia mundana?... ¿Es que ya Nestor, Zamora, Penagos, Ribas, Bartolozzi, componen figurines para las danzarinas y las cupletistas, y Répide, Ardavin, Manuel Machado, Carrère, escriben las cancioncillas que musicaron Granados, Albéniz, Vives, Esplá, Falla y Morera?... ¿Acaso ya todas las mujercitas que bailan saben leer, y no comen con los dedos, y dejaron de presentarse en compañía de una mamá como la de *Chelito*, ó de un papá como el de la *Argentinita*?... Por último: ¿se deciden los empresarios a substituir el inevitable decorado de jardín desierto, por unas telas lisas y simples en una tonalidad hermosa donde la silueta femenil se recorte como la media luna en el cielo negro de los nocturnos?... Aquel vendaval que fué Tórtola Valencia barrió los montones de vulgaridades... Luego surgen pequeñas llamaradas solitarias: María Esparza, *Damayanti*, *Minerva*... Pero esta noche asistimos á la maravilla de que, una tras otra, todas las mujercitas son jóvenes, finas, ágiles, alegres, encantadoras... Para nosotros, la aérea y bellísima ronda significa algo más que la pequeña voluptuosidad de una función deliciosa en su ligereza: significa el refinamiento de la muchedumbre, que se fatigó de las mallas de algodón, los tobillos gordos, las chulaperías aguardentosas, los sobacos húmedos y peludos, la apoteosis de la yegua humanana... La raza consiguió desengrasarse, y cultiva sus nervios... Ya en la calle, ya en el silencio de nuestra vivienda, nos recreamos en evocar unas cuantas pequeñas voluptuosidades. Mercedes Seros nos proporcionó la infinita delicadeza de un traje sonrosado y de unos suavísimos reflejos malva en su cara aporcelanada. La misma luminosidad de las bailarinas de Degas entre los bastidores de la Ópera de París. Tiene Mercedes Seros la finura de esas sombrillas que se pliegan hasta no



abuitar mas que su junco. Su diminuto arte recuerda también las costosas frivolidades de un bazar *chic*. Bonita y tonta, bonita y loca. Como al lado tuyo, nenuca, nosotros ya somos unos vejestorios, ¿verdad que nos permites la pedantería de un consejo? Alarga un poco el babero del cuplé de *chón-chón*.

Por exceso de juventud, tus piernas no adquirieron la debida morbidez á partir de la rodilla, con que resultan débiles, á más que nos contentamos con la descarnada y rítmica elegancia que descubre una falda menos corta. Escucha otra imperterencia. No declames como en el colegio, ni te embriagues al cantar como si estuvieras en el Real.

Menos tonta y loca, parecerás más bonita... La *Checa* acertó al elegir su nombre, castizo como las haldas de faralares que llevaban las *bailaoras* en tiempos de los toreros con patillas de boca de hacha. La *Checa* llegará á ser el ídolo de los públicos por las mismas cualidades que hoy la separan de la multitud. Espontánea, inspirada, feúcha, con un *ángel* diabólico, simpática hasta desarrugar el ceño de uno de esos graves varones que parecen bueyes, apasionadilla, gachona: un capricho. Sus manos destrenzan sus

dedos sobre el moño, como si espolvorearan sal en su cabecita á pájaros. Todavía no es flor lo que ha de ser granada. Quiere decirse que, para enseñorearse del baile flamenco, le faltan años, no de estudio, sino de cavilaciones negras en mitad de los sueños de color de rosa. Sin embargo, en esos momentos cálidos y remotos en que el cornetín suena en el fandango, acierta con actitudes de una profunda indolencia sensual. Cautiva, seduce con su mohín descarado y mimoso, destinado á hacerse célebre, como en otros climas la mueca de Mistinguet. La *Checa* surge como una víbora que picará los talones de las bayaderas inmóviles en su propia adoración... Helena Cortesina se muestra en la plenitud de su blanca y pulposa belleza mediterránea. Helena Cortesina trae á la memoria los frisos y relieves clásicos y los grabados de la vida artística en el *couché* de los *magazines* franceses, británicos y yanquis. Su rostro es gemelo de aquellos que sirven para las fototipias: es el rostro del profesionalismo de mujer de escenario. Va depilada, y en las rodillas y los pies pintó unas manchas de carmín. No importa que sus danzas carezcan de dramatismo, y sirva de ejemplo la de los cuchillos, en que la penumbra, la breve túnica negra y el llamear de los aceros, no consiguen inspirarnos ni siquiera ese temor levisimo que sentíamos, no ha mucho, ante los rapaces chinos que jugaban con navajas en las aceras matritenses. No importa. Helena Cortesina repite el milagro amable de Friné. Su cuerpo, lácteo y mórbido, mata la voluntad de los jueces, como el perfume de las magnolias en las noches azules. Sus pies desnudos no saben caminar sino en la hierba de las praderas, á la orilla del río, ó sobre los billetes de Banco de un nuevo Leopoldo que anhelase eclipsar la historia de las historietas de Cleo de Merode...

Soñábamos que Mercedes Seros, la *Checa* y Helena Cortesina, simbolizaban el porvenir de las *varietés* entre nosotros. Mercedes Seros significa la muchacha educada, la señorita que ya no consentirá á las fregonas del acceso al tablado. La *Checa* trae la aristocracia de la expresión por encima del alarde de desvergüenza en que consistía ayer el exhibicionismo en los teatros que sólo pagan el *pequeño derecho*. Helena Cortesina representa á las noctámbulas gloriosas cuyo nombre se anuncia con bombillas de colores á la puerta del *Folies Bergères*, ó de *La Alhambra*, en Londres; las que se bañan en *champagne*, llenando la pila con el clac de un gran duque ruso por cazo de escanciador...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE REQUEJO

EL POETA DE LOS CANTARES

La musa de los cantares, la más española y más popular, que inspiró a Augusto Ferrant y a Melchor de Palau, inspira también al poeta malagueño Narciso Díaz de Escovar. Las coplas de este cantor de los sentimientos del pueblo van confundiendo con las que salieron del pueblo mismo, y en esto estriba la mejor gloria del poeta. La obra oscurece el nombre del autor y, mientras éste se pierde, aquélla vive eternamente, con vida inmortal. Los cantares de Díaz de Escovar son como pajarillos que vuelan sobre todas las tierras españolas.

Cumplen á maravilla con la que puede llamarse la preceptiva del cantar, autorizada por los cuatro versos de Ruiz Aguilera:

*Cantar que del alma sale — es pájaro que no muere;
volando de boca en boca — Dios manda que viva siempre.*

He aquí algunas de las coplas del gran poeta malagueño, elegidas, al azar, entre los centenares de ellas que ha publicado:

*Querer que sabe ocultarse
es siempre un triste querer,
que hace sufrir y llorar
á los que se quieren bien.*

*No es posible que paraone
aquellas malas partidas,
que el puñal clavó muy hondo
y está sangrando la herida.*

*Hay lágrimas en mis ojos
que de mis ojos no salen
porque siento la vergüenza
de llorar por una infame.*

*Hará el tiempo que te olvide,
no pensando en lo que eres
y pensando en lo que fuiste.*

*Dimelo todo y no temas,
que yo no mato mujeres
aun siendo de tu ralea.*

*Para engañarme, serrana,
te pusiste la careta;
¡no te atreves á engañarme
con la cara descubierta!*

*No me fío, no me fío
de ningunos ojos negros,
que negros fueron los ojos
que han sido tan embusteros.*

*Estrellita de los cielos,
¿por qué pierdes tu fulgor?
— Porque he visto una morena
que ilumina más que yo.*

*Cuando sentí tu traición
sentí como si un cuchillo
me partiera el corazón.*

*Entre las sombras nos dimos
un adiós de despedida;
¡tal vez mis ojos lloraban
y tus labios sonreían!*

*¡Si tenía que pasar!
¡Naciste para ser mala
y mala te morirás!*

*Junto mis alegrías
con mis tristezas,
y cuando se confunden
todas son penas.*

*De bonita no presumas,
porque estás en un error,
que si una rosa es bonita
nunca falta otra mejor.*

*No extraño que tus amores
hayas cifrado en un viejo,
que los buenos bebedores
prefieren el vino añejo.*

*Como canta en su prisión
el pájaro sus amores,
así canto en mi rincón
las dudas y los dolores
de mi pobre corazón.*

*No te alejes de tu nido,
paloma de mis amores,
que escondidos en sus puestos
te acechan los cazadores.*

*Mujer que pasa la vida
en el balcón ó en la calle
es fruta que está en el árbol
provocando al caminante.*

*Unos cantan alegrías,
otros cantan por cantar,
muchos por pasar el tiempo...
¡yo canto por no llorar!*

*Por tu cariño doblan
esas campanas;
¡con tu cariño mueren
mis esperanzas!*

*Picapedrero, yo quiero
aprender en tu faena,
que el pecho de mi serrana
es duro como una piedra.*

*Mientras en la guerra estaba,
con un rival se casó
la mujer que idolatraba,
¡y llorando me esperó
la madre que yo olvidaba!*

*La ventura y la desdicha
las comparo con el tren;
¡la ventura es tren carreta!
¡la desdicha es tren exprés!*

*Me visitó una alegría
cuando menos la esperaba,
pero ya siento en mi puerta
al desengaño que llama.*

*Tienes ganas, muchas ganas,
de matar nuestro cariño,
y yo te voy deteniendo
á fuerza de sacrificios.*

*Fuente que no tiene agua,
cielo que no tiene sol,
rosal que no tiene rosas,
¡así está tu corazón!*

*Las flores de tu ventana
están tristes y están secas
desde que vieron tu engaño
y conocieron mis penas.*

*Todas las noches le rezo
á la Virgen que tú rezas;
tú, pidiendo que te olvide,
yo, pidiendo que me quieras.*

*No esperes ya, siendo pobre,
ni cariño en las mujeres
ni lealtad en los hombres.*

*Antes amaba á los niños,
y ahora pienso al contemplarlos
que esos niños serán hombres,
y al ser hombres serán malos.*

*No me agrada hombre cobarde
ni quiero mujer valiente,
¡que no me gusta en el mundo
ver cambiados los papeles!*

*Voy á poner un altar
en lo alto del Albaicín,
para señalar el sitio
donde rezabas por mí.*

Narciso DÍAZ DE ESCOVAR

DIBUJO DE MARÍN



ENTRE BASTIDORES

PEQUEÑAS voluptuosidades de los teatros madrileños... Mercedes Seros, la *Checa*, Helena Cortesina, guirnalda primaverales que por unos instantes embelleció la sudorosa y vinoso testa del sátiro en cuyas greñas tantas y tantas hembras torpes colgaron falsos collares de odaliscas, gitanescas peinas de celuloide verde y colorado, los arcos bárbaros de una orgía de plebeyez... Por fin no desfilan en un escenario de *varietés* las mujeres gordas con su temblor de gelatina, con su voz de colmado flamenco, con sus disfraces grotescos; ¡oh! las sedas y el raso con lentejuelas en las caderas anchas y redondas, como gualdrapas sobre poderosos rocines de cabalgata en provincias!... ¿Llegó ya el momento de comprender que el *music-hall* requiere un espectáculo íntimo y exquisito, amable y agudo, en relación con la sala menuda, y con el público, que constituye una gran tertulia mundana?... ¿Es que ya Nestor, Zamora, Pénagos, Ribas, Bartolozzi, componen figurines para las danzarinas y las cupletistas, y Répide, Ardavín, Manuel Machado, Carrère, escriben las cancioncillas que musicaron Granados, Albéniz, Vives, Esplá, Falla y Morera?... ¿Acaso ya todas las mujercitas que bailan saben leer, y no comen con los dedos, y dejaron de presentarse en compañía de una mamá como la de *Chelito*, ó de un papá como el de la *Argentinita*?... Por último: ¿se deciden los empresarios á substituir el inevitable decorado de jardín desierto, por unas telas lisas y simples en una tonalidad hermosa donde la silueta femenil se recorte como la media luna en el cielo negro de los nocturnos?... Aquel vendaval que fué Tórtola Valencia barrió los montones de vulgaridades... Luego surgen pequeñas llamaradas solitarias: María Esparza, *Damayanti*, *Minerva*... Pero esta noche asistimos á la maravilla de que, una tras otra, todas las mujercitas son jóvenes, finas, ágiles, alegres, encantadoras... Para nosotros, la aérea y bellísima ronda significa algo más que la pequeña voluptuosidad de una función deliciosa en su ligereza: significa el refinamiento de la muchedumbre, que se fatigó de las mallas de algodón, los tobillos gordos, las chulaperías aguardentosas, los sobacos húmedos y peludos, la apoteosis de la yegua humanana... La raza consiguió desengrasarse, y cultiva sus nervios...

Ya en la calle, ya en el silencio de nuestra vivienda, nos recreamos en evocar unas cuantas pequeñas voluptuosidades. Mercedes Seros nos proporcionó la infinita delicadeza de un traje sonrosado y de unos suavísimos reflejos malva en su cara aporcelanada. La misma luminosidad de las bailarinas de Degas entre los bastidores de la Ópera de París. Tiene Mercedes Seros la finura de esas sombrillas que se pliegan hasta no



abultar mas que su junco. Su diminuto arte recuerda también las costosas frivolidades de un bazar *chic*. Bonita y tonta, bonita y loca. Como al lado tuyo, nenuca, nosotros ya somos unos vejestorios, ¿verdad que nos permites la pedantería de un consejo? Alarga un poco el babero del cuplé de *chón-chón*.

Por exceso de juventud, tus piernas no adquirieron la debida morbidez á partir de la rodilla, con que resultan débiles, á más que nos contentamos con la descarnada y rítmica elegancia que descubre una falda menos corta. Escucha otra impertinencia. No declames como en el colegio, ni te embriagues al cantar como si estuvieras en el Real.

Menos tonta y loca, parecerás más bonita... La *Checa* acertó al elegir su nombre, castizo como las haldas de faralares que llevaban las *ballaoras* en tiempos de los toreros con patillas de boca de hacha. La *Checa* llegará á ser el ídolo de los públicos por las mismas cualidades que hoy la separan de la multitud. Espontánea, inspirada, feúcha, con un *ángel* diabólico, simpática hasta desarrugar el ceño de uno de esos graves varones que parecen bueyes, apasionadilla, gachona: un capricho. Sus manos destrenzan sus

dedos sobre el moño, como si espolvorearan sal en su cabecita á pájaros. Todavía no es flor lo que ha de ser granada. Quiere decirse que, para enseñorearse del baile flamenco, le faltan años, no de estudio, sino de cavilaciones negras en mitad de los sueños de color de rosa. Sin embargo, en esos momentos cálidos y remotos en que el cornetín suena en el fandango, acierta con actitudes de una profunda indolencia sensual. Cautiva, seduce con su mohín descarado y mimoso, destinado á hacerse célebre, como en otros climas la muñeca de Mistinguet. La *Checa* surge como una víbora que picará los talones de las bayaderas inmóviles en su propia adoración... Helena Cortesina se muestra en la plenitud de su blanca y pulposa belleza mediterránea. Helena Cortesina trae á la memoria los frisos y relieves clásicos y los grabados de la vida artística en el *couché* de los *magazines* franceses, británicos y yanquis. Su rostro es gemelo de aquellos que sirven para las fototipias: es el rostro del profesionalismo de mujer de escenario. Va depilada, y en las rodillas y los pies pintó unas manchas de carmín. No importa que sus danzas carezcan de dramatismo, y sirva de ejemplo la de los cuchillos, en que la penumbra, la breve túnica negra y el flamear de los aceros, no consiguen inspirarnos ni siquiera ese temor levisísimo que sentíamos, no ha mucho, ante los rapaces chinos que jugaban con navajas en las aceras matritenses. No importa. Helena Cortesina repite el milagro amable de Friné. Su cuerpo, lácteo y mórbido, mata la voluntad de los jueces, como el perfume de las magnolias en las noches azules. Sus pies desnudos no saben caminar sino en la hierba de las praderas, á la orilla del río, ó sobre los billetes de Banco de un nuevo Leopoldo que anhelase eclipsar la historia de las historietas de Cleo de Merode...

Sonábamos que Mercedes Seros, la *Checa* y Helena Cortesina, simbolizaban el porvenir de las *varietés* entre nosotros. Mercedes Seros significa la muchacha educada, la señorita que ya no consentirá á las fregonas el acceso al tablado. La *Checa* trae la aristocracia de la expresión por encima del alarde de desvergüenza en que consistía ayer el exhibicionismo en los teatros que sólo pagan el *pequeño derecho*. Helena Cortesina representa á las noctámbulas gloriosas cuyo nombre se anuncia con bombillas de colores á la puerta del *Folies Bergères*, ó de *La Alhambra*, en Londres; las que se bañan en *champagne*, llenando la pila con el clac de un gran duque ruso por cazo de escanciador...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE REQUEJO

EL POETA DE LOS CANTARES

La musa de los cantares, la más española y más popular, que inspiró a Augusto Ferrant y a Melchor de Palau, inspira también al poeta malagueño Narciso Díaz de Escovar. Las coplas de este cantor de los sentimientos del pueblo van confundiendo con las que salieron del pueblo mismo, y en esto estriba la mejor gloria del poeta. La obra oscurece el nombre del autor y, mientras éste se pierde, aquélla vive eternamente, con vida inmortal. Los cantares de Díaz de Escovar son como pajarillos que vuelan sobre todas las tierras españolas.

Cumplen á maravilla con la que puede llamarse la preceptiva del cantar, autorizada por los cuatro versos de Ruiz Aguilera:

*Cantar que del alma sale — es pájaro que no muere;
volando de boca en boca — Dios manda que viva siempre.*

He aquí algunas de las coplas del gran poeta malagueño, elegidas, al azar, entre los centenares de ellas que ha publicado:

*Querer que sabe ocultarse
es siempre un triste querer,
que hace sufrir y llorar
á los que se quieren bien.*

*No es posible que peraone
aquellas malas partidas,
que el puñal clavó muy hondo
y está sangrando la herida.*

*Hay lágrimas en mis ojos
que de mis ojos no salen
porque siento la vergüenza
de llorar por una infame.*

*Hará el tiempo que te olvide,
no pensando en lo que eres
y pensando en lo que fuiste.*

*Dimelo todo y no temas,
que yo no mato mujeres
aun siendo de tu ralea.*

*Para engañarme, serrana,
te pusiste la careta;
¡no te atreves á engañarme
con la cara descubierta!*

*No me fío, no me fío
de ningunos ojos negros,
que negros fueron los ojos
que han sido tan embusteros.*

*Estrellita de los cielos,
¿por qué pierdes tu fulgor?
—Porque he visto una morena
que ilumina más que yo.*

*Cuando sentí tu traición
sentí como si un cuchillo
me partiera el corazón.*

*Entre las sombras nos dimos
un adiós de despedida;
¡tal vez mis ojos lloraban
y tus labios sonreían!*

*¡Si tenía que pasar!
¡Naciste para ser mala
y mala te morirás!*

*Junto mis alegrías
con mis tristezas,
y cuando se confunden
todas son penas.*

*De bonita no presumas,
porque estás en un error,
que si una rosa es bonita
nunca falta otra mejor.*

*No extraño que tus amores
hayas cifrado en un viejo,
que los buenos bebedores
prefieren el vino añejo.*

*Como canta en su prisión
el pájaro sus amores,
así canto en mi rincón
las dudas y los dolores
de mi pobre corazón.*

*No te alejes de tu nido,
paloma de mis amores,
que escondidos en sus puestos
te acechan los cazadores.*

*Mujer que pasa la vida
en el balcón ó en la calle
es fruta que está en el árbol
provocando al caminante.*

*Unos cantan alegrías,
otros cantan por cantar,
muchos por pasar el tiempo...
¡yo canto por no llorar!*

*Por tu cariño doblan
esas campanas;
¡con tu cariño mueren
mis esperanzas!*

*Picapedrero, yo quiero
aprender en tu faena,
que el pecho de mi serrana
es duro como una piedra.*

*Mientras en la guerra estaba,
con un rival se casó
la mujer que idolatraba,
¡y llorando me esperó
la madre que yo olvidaba!*

*La ventura y la desdicha
las comparo con el tren;
¡la ventura es tren carreta!
¡la desdicha es tren exprés!*

*Me visitó una alegría
cuando menos la esperaba,
pero ya siento en mi puerta
al desengaño que llama.*

*Tienes ganas, muchas ganas,
de matar nuestro cariño,
y yo te voy deteniendo
á fuerza de sacrificios.*

*Fuente que no tiene agua,
cielo que no tiene sol,
rosal que no tiene rosas,
¡así está tu corazón!*

*Las flores de tu ventana
están tristes y están secas
desde que vieron tu engaño
y conocieron mis penas.*

*Todas las noches le rezo
á la Virgen que tú rezas;
tú, pidiendo que te olvide,
yo, pidiendo que me quieras.*

*No esperes ya, siendo pobre,
ni cariño en las mujeres
ni lealtad en los hombres.*

*Antes amaba á los niños,
y ahora pienso al contemplarlos
que esos niños serán hombres,
y al ser hombres serán malos.*

*No me agrada hombre cobarde
ni quiero mujer valiente,
¡que no me gusta en el mundo
ver cambiados los papeles!*

*Voy á poner un altar
en lo alto del Albaicín,
para señalar el sitio
donde rezabas por mí.*

Narciso DÍAZ DE ESCOVAK

DIBUJO DE MARÍN



TRADICIONES MADRILEÑAS

LA CAPILLA DEL AVE MARÍA



La Capilla del Ave María, en la calle de la Trinidad

Felipes, guardaba cariñoso y avaro, al lado de sus solemnes muros, esta humilde, pintoresca y amable capilla. Aquel piadoso palacio que levantó, en 1547, el arquitecto Gaspar Ordóñez, cesaba en 1836 de ser insigne monasterio, y fué sucesivamente, al destinarse á públicos y laicos empleos, Exposición de pinturas, Conservatorio de artes, Biblioteca Real y Museo Nacional, antes de recibir las dichas ministeriales oficinas. Y se abatieron aquellos claustros y aquella escalera, comparable á la de El Escorial, y nada parecía quedar del edificio vasto y próspero. Sin embargo, algo quedaba y permanecía con su aroma suave de tradición y un perfume finísimo de poesía y de leyenda. Allí, á dos pasos de la calle de Atocha, se hallaba, en su rincón, la capilla del Ave María, tranquila, beatífica y plácida, como las pinturas primitivas de los monjes artistas.

Pero no tenía esta fachada de moderno revo-co y adornada con colorines. Un cancel de hierro limitaba su breve atrio sencillo. Y dando á su portada el nobilísimo decoro de un trono perdurablemente renovado, ostentábase una parra cerca de la ermita, que, cuando llegaban los melancólicos días del otoño, tornaba en oro sus hojas y sus frutos, como una fiesta de Pomona, y á la puerta del templo tenía un valor de ofrenda de la creación ubérrima al espíritu eterno y creador.

La capilla del Ave María hallábase así en su aspecto exterior, tal como se hallaba cuando el beato Simón de Rojas la fundó, aquel siervo de Dios que puso el mismo nombre del Ave María á la calle que, á través de los siglos, lo conserva, y por quien se llamó de San Simón una de sus afluentes. El piadoso trinitario puso en la iglesia pequeña y blanca toda su alma, llena de ingenuidad y de candor. Así tenía algo de oratorio campesino, de esas ermitas que presiden las cimas de los alcóres en los incomparables campos de España, esos llanos y esos montes que tienen ambiente de epopeya y por donde los aires, al pasar, suenan á estrofas de romance.

Esa capilla que en el interior conserva su aspecto tradicional, no se acuerda tan sólo de su fundador, que llegó á tener un puesto en los altares de la cristiandad. Ella ha visto pasar más de una vez sus umbrales á aquel trinitario que se llamó Fray Félix Hortensio Paravicino, el don Félix de Arteaga de muchos notabilísimos trabajos que firmó con tal seudónimo, y cuya ciencia y elocuencia fueron de fama universal.

Pero de aquellos tiempos en que el beato Simón de Rojas andaba por el mundo y fundaba su congregación y su capilla, queda el más alto recuerdo. El de aquel día de Mayo de 1580, en que dos padres que andaban á la redención de



Interior y altar mayor de la capilla del Ave María

cautivos, y se llamaban el uno Fray Juan Gil, y el otro Fray Antonio de la Bella, llegaron á orar devotamente y á pedir la protección del cielo para uno de sus frecuentes viajes á tierra de infieles y para una de aquellas empresas de caridad y humanidad en que los hijos de San Juan de Mata rivalizaban denodadamente, y saliendo del convento de la Trinidad Calzada de Madrid iban á Argel con la misión de redimir al ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes y volverle libre al seno de su patria.

Sólo este recuerdo bastaría para llevar efusivamente nuestra atención hacia esa capilla en la que su fundador, el beato Simón, duerme el eterno sueño, ahora ya en harto mundana compañía, así como estuvo largo tiempo escondida á las miradas de los profanos y guardada en pleno corazón de la ciudad. Pero, á pesar de la moderna vestidura con que ha revestido su fachada, al hallarse de improviso en la presencia del tráfico urbano, siempre queda, en más allá de sus puertas, ese rincón apacible y deleitoso donde los siglos duermen y vela, por lo imperecedero de su sueño, la santa poesía.

FOTS. SALAZAR

PEDRO DE RÉPIDE

LOS OJOS DE LOS FANTASMAS

¿Habéis visto, entre las sombras,
unas luces azuladas
que os persiguen, á lo largo
de las calles solitarias?
Es que os miran, en la noche,
los ojos de los fantasmas.

y nos envuelven en una
vava atmósfera de plata.
Es que nos han fascinado
los ojos de los fantasmas.

En los ojos de los muertos
brillan dos luces extrañas,
igual que dos fuegos fatuos
que nos embrujan el alma.
El que una vez las ha visto,
ya nunca podrá olvidarlas;
nos alucinan, de noche,
á oscuras, en nuestra estancia;
vuelan ante nuestros ojos
en una medrosa danza,

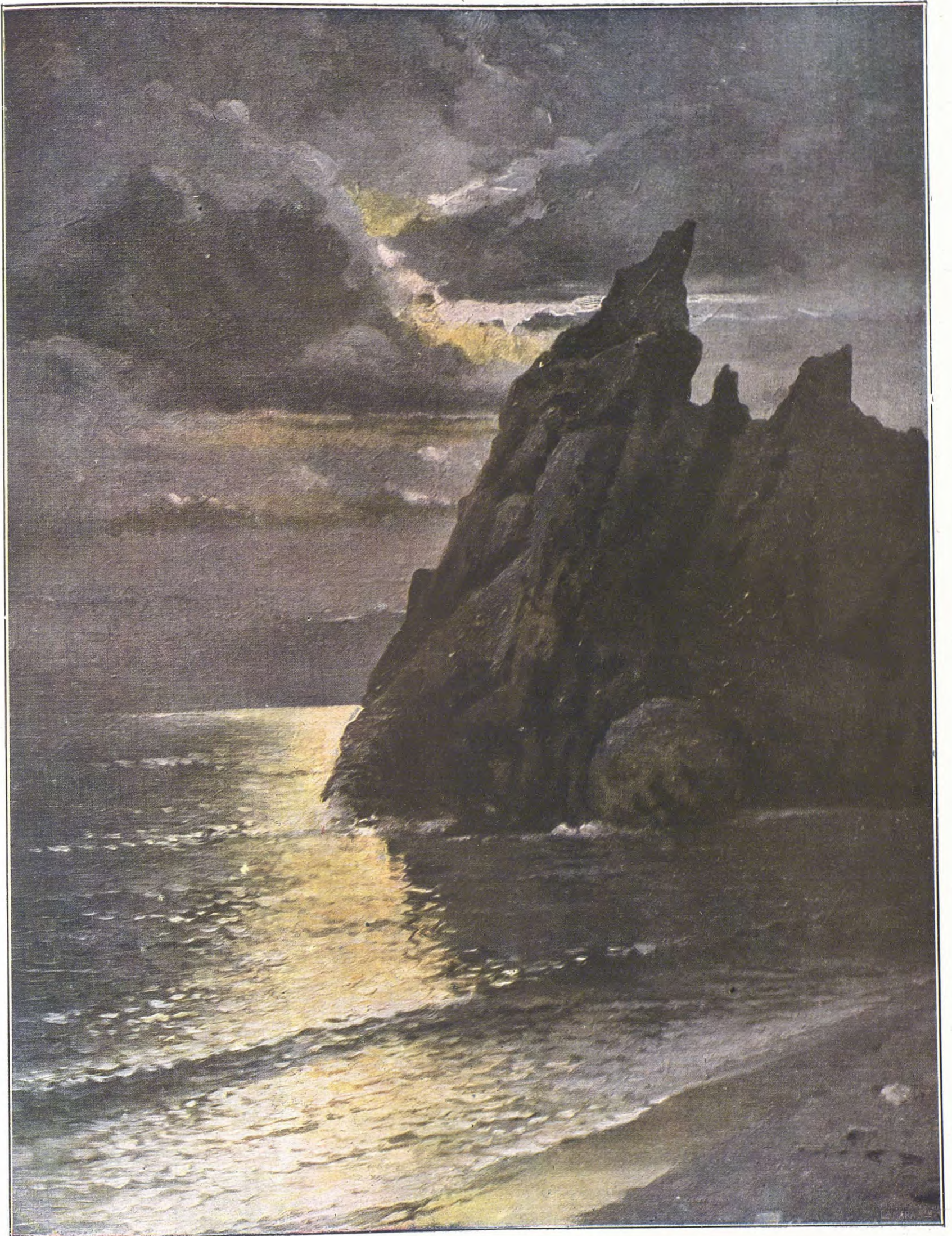
En el reino de la muerte
hay pupilas ultrahumanas,
que nos miran sin ser vistas,
y nos odian y nos aman.
Ambulan por los parajes
de su existencia pasada,
y velan junto á las novias
doloridas y eludadas,
ó junto á una blanca cuna,
como ángeles de la Guardia,
llovan, silenciosamente,
los ojos de los fantasmas.

Los ojos de los difuntos
se pudren con la mortaja;
tras la noche de la tumba
se abren los ojos del alma.
Cuando lloreis, en silencio,
á alguna muerta adorada,
sabed que os están mirando
en la sombra de la estancia,
como dos tristes estrellas,
sus pupilas apagadas.
Y en las consejas de crímenes,
dos siniestras luces vagas
están en los asesinos
eternamente clavadas.
Luciérnagas misteriosas
que nos embrujan el alma,
parecen dos fuegos fatuos
los ojos de los fantasmas.

E. CARRÉRE

LA ESPERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



***** LUZ DE LUNA, cuadro de Ricardo Verdugo Landi



EN LA COSTA AFRICANA

¡Todo esto fué de España!...



Una cuadrilla de prisioneros ocupada en las faenas del campo, en Duala

LECTOR mío, ¿tuviste en el primer año del Bachillerato un profesor entusiasta de su oficio? Recordarás, entonces, que durante los ocho meses escasos del penoso curso, oíste repetir cien veces al maestro, en la clase de Geografía, cuando pasaba su puntero educador por el mapa de Europa, y por el mapa de América, y por el mapa de Africa, y por el mapa de Oceanía, la doliente frase: «¡Todo esto fué de España!»

Más tarde, al año siguiente, en la clase de Historia, apenas puede explicarnos otro profesor cómo fué aconteciendo el inmenso despojo. Las guerras, los tratados, el rey en holganza, el favorito en idiotéz y el pueblo en jolgorio iban recortando el glorioso imperio y reduciéndolo á la triste condición de nación en postrimería. Pero en las más de las Historias, anotadas las grandes desmembraciones, como la de América entera, y las grandes vergüenzas, como Gibraltar, apenas queda espacio ni tiempo para narrar y explicar la pérdida de tanto islote y tanto trozo de territorio como en pocos siglos iba padeciendo España.

Porque se da el caso estupefaciente de que Portugal, que se separa de España, con menos fuerza militar y política que nosotros, con menos riqueza y ambición más reducida, conserva un inmenso imperio colonial, mientras nosotros nos quedamos con ese breve pañuelo de Guinea y los islotes de Fernando Póo y los Elobey. Sólo

en Africa, sin contar sus archipiélagos, Portugal conserva dos millones de kilómetros cuadrados, mientras que no llegan á doscientos mil los dominios territoriales de España.

Era nuestra casi toda la costa occidental africana; lo era, por razón de descubrimientos, exploraciones y tráfico comercial; lo era, por consentimiento de los indígenas y por ratificación de tratados con Portugal, cuyos navegantes habían participado con los nuestros en aquellas valero-

sas empresas. Y en poco tiempo, con la vergonzosa justificación de nuestro abandono, se fueron instalando, con alardes y efectividades de soberanía, en aquellos territorios, los ingleses y los franceses, los alemanes y los belgas. Se celebraron diversas conferencias diplomáticas para repartirse el Africa, y ni siquiera se invitó á España á concurrir á ellas. En vano la Sociedad Geográfica de Madrid quería enterar á nuestros Gobiernos, menguados y ruines, de nuestros derechos.

En la algarada de las Carolinas habíamos agotado las últimas energías nacionales.

Se nos arrebató, frente á Fernando Póo, en tierras donde más ó menos pobremente existía nuestra soberanía, un tan hermoso territorio que bien se hubiera podido llamar la Nueva España, ya que aquella otra que creamos en América no existía para nosotros. Aun sin la parte que se le agregó del Congo francés, como compensación á las manos libres de Francia en Marruecos, el Kamerún alemán, el Camerón ó Camarones español era tan grande como todo el territorio de España. Nuestra indiscutible soberanía sobre aquella costa feraz data de tiempos de los Reyes Católicos. En el Tratado con Portugal, firmado en El Pardo en 1777, se reconoció la soberanía española sin que reclamasen de ella Portugal ni Inglaterra. Hasta 1880 realizó allí actos de soberanía el gobernador de Fernando Póo. ¿Cómo se consumó el despojo? Se consumó en la



El cacao en los muelles de Duala

confabulación que ha existido en Europa, para mediatizar a España, para arrancarle todo ideal de engrandecimiento y toda esperanza de nuevas expansiones. Hubo un día que contentar a Alemania, que pedía su parte de presa en el botín africano, y se le dijo: «Ahí tienes las vestiduras de España.» Luego los Gobiernos, que no supieron colonizar ni defender aquellas ricas preseas que se llaman Luzón y Mindanao, y que reducían toda la política colonial a un indecente festín de empleados, aceptaron el despojo y lo sancionaron en Tratados, y aun lo convirtieron en fuente de honores.

Como con una tijera, los diplomáticos europeos habían recortado en nuestros dominios un cuadradillo de 27.000 kilómetros, mientras a Alemania se la reconocía soberana de más de 490.000 kilómetros.

Ciertamente, España, que no supo hacer nada en la colonización de islas feraces y civilizadas, de clima apacible y sano, y que nada hace en su mezquina Guinea actual y en su Río de Oro, poco ó nada hubiera hecho en ese territorio, tan grande como ella misma. Alemania, en cambio, desde 1885, en que busca el reconocimiento de su soberanía en tratados con Inglaterra y Francia, y en el soborno de los reyezuelos de las tribus del interior, no



Prisión disciplinaria de Duala

sólo envía numerosas expediciones y crea factorías, escuelas y misiones, y construye un puerto y un ferrocarril y numerosos caminos, sino que realiza tales obras de saneamiento, que la mortalidad, que era de 17 por 100 anual, desciende a 0,76 por 100.

La tragedia de la guerra ha llevado allí sus iras también. Rodeado el Kamerún de colonias inglesas y francesas, y guarnecido escasamente

con tropas coloniales, bien pronto tuvieron los alemanes que buscar refugio en nuestro vecino territorio guineano.

Pero llegará el día de la paz. Se habla de un retroceso a la normalidad anterior a la guerra. La fórmula rasa «ni anexiones, ni indemnizaciones» parece ganar terreno cada momento. Nuestro viejo profesor de Geografía, que repetía, gimoteando, cada vez que su puntero educador recorría los mapas de Europa y África, de América y de Oceanía, aquella frase: «Todo esto fué de España», estallaría en gritos de ira. ¿Es que se puede decir eso, después que España ha sido robada, saqueada y mutilada? ¡Ni anexiones, ni indemnizaciones! Filipinas debe seguir siendo española. La Guinea española debe abarcar territorios que hoy son colonias inglesas y francesas. Puerto Rico era, y quiere seguir siendo, un hogar español. Y si todo

esto, por estar fuera ó lejos de la periferia de la patria, fuera de reintegro imposible, y aun para la torpeza de nuestros Gobiernos de pandillaje, demasiado carga, que se nos dé la tierra española que está detentada y extranjerizada. Que una vez en la Historia tenga el mundo un minuto de justicia para España...!

DIONISIO PÉREZ



Danzas del país

FOTS. HUGELMANN

EN LA COSTA AFRICANA



Prisioneros de Duala ocupados en la reparación de una carretera

LA BELLA Y LA BESTIA EN EL MITO Y EN LA VIDA

Mitos de Leda, de Europa, de Pasifae: remotas evocaciones de leyendas tan bellas que Grecia y Roma, en su divina decadencia, no supieron resistir al deseo de darles vida y realidad... Mitos de Leda, de Europa y de Pasifae, ¡qué lejos parecáis estar de nuestros días, y, sin embargo, cuántas veces, en nuestro camino, os hemos presentado y descubierto en el neurosismo febril de las ciudades ó en la fuerza serena de los campos!...



Y al hallaros así, realizados y existentes, hemos creído tornar por un momento á las mañanas—todas esplendente sol y multiforme amor—que brillaron sobre el bosque sagrado de Eleusis...

Y hemos sentido un gran deslumbramiento, como si

ante nosotros, en su roja alcoba del Louvre, Afrodita de Melos rediviva surgiera, palpitante, de su prisión de mármol, para decirnos—ella á quien se ofrendaron tantos amores—cómo y cuán bellamente amaban las mujeres en los tiempos paganos.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.

«Salambó» y «Leda», estatuas del Museo de Luxemburgo

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

Como lava sobre un páramo, pasó la memoria del amor pretérito sobre el anhelo del amor futuro; y hoy, en el cansado mundo, nuestra vieja Humanidad sabe acerca de «La bella y el hombre» tan poco y tan corto como sabían ya, luego de su primer beso, el primer hombre y la primera mujer que sobre la tierra fueron y amaron...

... Y el último hombre y la última mujer que hayan de amar sobre la tierra, seguirán ignorando de sí mismos todo lo que nosotros de nosotros mismos ignoramos.

Porque en vano será que busquemos una ley al capricho, ni que tratemos de alzar un monumento psicológico sobre lo que no es, como pensamos, roquero asiento labrado por nuestra voluntad para nuestro ideal, sino tan sólo arena movediza, cada uno de cuyos granos es uno de nuestros días de juventud, á merced todos ellos del gran viento irresistible y tornadizo de la pasión.

No hablemos, pues, del milenario poema de «La bella y el hombre». Discreción será en nosotros vivir tal poema sin comentarle, repitiendo la eterna oración de amor como es fama que en las prodigiosas ocurrencias de antaño repitieron los bienquistos de las hadas la palabra de sortilegio, sin descifrarla, sin desear siquiera comprenderla, contentándose con que ella abriera la puerta de oro del ensueño...

Y volvamos, en cambio, al tema harto descuidado de esa afición que en todo tiempo sintieron las bellas hacia las bestias.

Preguntadle á Colette Willy cuál es, para ella, el sér más querido. Y en respuesta os mostrará su «cabot»: un horrible bull negro, malhumorado y gruñón, que empero tiene para Colette encantos que, por lo visto, no supieron tener tanto Willy como los amadores que á Willy sucedieron, á los pies de «Claudina».

Preguntad á Napierkowska, la ingrátida; á Colaire, la ambigua; á Forzane, la exquisita, y, en fin, á Monna Delza, la divina: preguntadles en quién ó en qué cifraaron el único afecto duradero, la sola ternura inmutable de sus complejas y torcidas almas... Y os mostrarán, en respuesta: Napierkowska, su griffon diminuto; Polaire, su microscópico perro japonés; Forzane, su recio dogo de Ulm; Monna Delza, su gigantesco San-Bernardo.

Y si en la balanza sentimental de esas vidas emeninas ponéis sobre un platillo á todos los hombres que por esas vidas pasaron, y sobre otro el bull, el griffon, el perro japonés, el dogo de Ulm ó el San-Bernardo, la balanza se inclinará, de modo indudable y decisivo, del lado de la bestia, y el platillo de los hombres quedará en alto, como si en él nada pesara que no fuera la imponderable gravedad de unos espectros reducidos por la lejanía en el tiempo y borrados por la distancia en el espacio.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.



Aquella multimillonaria americana, que en viaje de bodas por la India se prendó de un elefante...

Es aún de ayer el caso de aquella multimillonaria americana que, en viaje de bodas por la India, se prendó de un elefante. Sobre él fué, por los caminos del mundo, seguida del malaventurado á quien cupo en suerte la de ser lo que el «argot» boulevardero de París designa con el pintoresco mote de *c't espèce de mari*. Y así, hasta la orilla del mar; y sobre el mar, á bordo del primer buque cuyo capitán consintió en embarcar al elefante; y al través, luego, de las ciudades americanas, hasta el regreso al hogar... Y ya en el hogar—harto el marido, y puesta la mujer ante el dilema de optar por el hombre ó por la bestia—, la bella optó por la bestia, y, para poder conservarla, divorció...

Estas son las dilettanti... Hay también las profesionales: dominadoras de tigres, charmeuses de serpientes, amazonas expertas en el arte de manejar potros difíciles...

¿Recordáis de aquella domadora á quien su marido golpeó dentro de la jaula del león favorito?

No bien el hombre alzaba la mano sobre la mujer, cuando ya el león caía sobre el ofensor de su dueña y le trituraba entre sus garras...

¡La bella y la bestia! ¿Qué sutiles é inquebrantables lazos se anudan entre el espíritu de la mujer y el instinto del bruto? Es ese un misterio más, y no el menos inquietante, de ese múltiple enigma de la feminidad; enigma del que nada hemos adivinado nunca y del que nada acertaremos jamás, porque él guarda el indescifrable y eterno y mortal secreto de la Esfinge...

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.

«La bella y la bestia»... He aquí un capítulo, el más ignorado y no el menos importante, de la Historia Natural de la mujer...

«La bella y el hombre» fué siempre tema favorito de los disquisidores. Las anomalías, las paradojas, las desconcertantes sorpresas que las bellas de todas las edades prodigarán á los hombres, hicieron correr ríos de tinta sobre mundos de papel...

No por ello se logró que una sola entre esas páginas escritas fuere campo de sementera para la experiencia, ni que sobre ella floreciera el enigma con la extraña flor guardadora de germen y de fruto de verdad.



... Dominadoras de tigre...

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis. 5 p-setas.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las evita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja, según tamaño.

En Perfumerías de España y América



CREMAS BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar poivos. Son deliciosas é inofensivas. (blanca, rosada y natural). 4 pesetas.

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; *cabello, barba ó bigote*, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 6 pesetas.

LOCION BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas*, la bendicen. Es inofensiva. 5 pts.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Corriente, 393
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

LÓPEZ HERMANOS

"Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivera, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Unicos fabricantes del incomparable **ANIS MOSCATEL**, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licjres. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confíen. Para más detalles, pidanse catálogos.

EXTRAORDINARIAMENTE SUPERIORES
á cuanto ha sido inventado hasta el día

LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA
NO TIENEN RIVAL

PARA LA
la CURACION rápida
PRESERVACION segura

de Resfriados, Afecciones de la Garganta
Laringitis, Bronquitis agudas y crónicas
Catarrros, Grippe, Trancazo,
Asma, Enfisema, etc.

PEDIRLAS, EXIGIRLAS
en CAJAS de Ptas 1.50
con el nombre
VALDA en la tapa
Agentes Generales: Vicente FERRER y Cia
BARCELONA.

Fórmula: 0.0012
Menthol... 0.0005
Eucalyptol... 0.0005
Azúcar-Goma.

: A. Gamir :
VALENCIA

Para la diarrea de los NIÑOS
150 ptas Caja
PAPELES YHOMAR
A.GAMIR

F. Gayoso
MADRID



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, **Barquillo, 3, Madrid**

La Esfera

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

| | | |
|--------------------------|-----------------|------------|
| Madrid y provincias..... | Un año | 30 pesetas |
| | Seis meses..... | 18 > |
| Extranjero..... | Un año | 50 > |
| | Seis meses..... | 30 > |
| Portugal..... | Un año | 35 > |
| | Seis meses..... | 20 > |

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



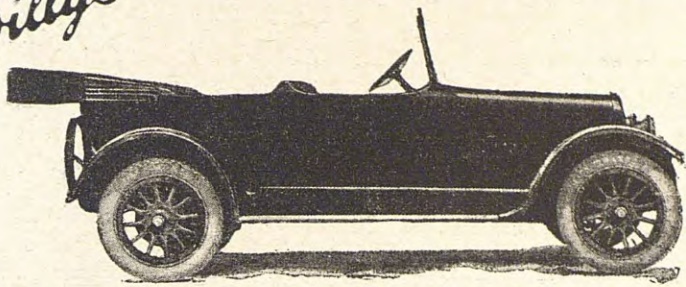
El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

EL AUTOMÓVIL PREFERIDO POR S. M. EL REY

MODELO 89. 28-32 HP. 6 CILINDROS
7 ASIENTOS. BALLESTAS CANTILEVER

Willys



Arranque automático
Alumbrado eléctrico

El carburador más económico
y de instantáneo reglaje

*Aun pagando el doble de lo que cuesta, no
puede obtenerse un coche más perfecto.
La enorme producción anual de la Fábrica,*

250.000 COCHES DE ALTA CATEGORIA

lo permite y garantiza

DE VENTA

PIEZAS DE RECAMBIO

GRANDES TALLERES DE REPARACIÓN

SOCIEDAD EXCELSIOR

ALVAREZ DE BAENA, 7-MADRID

y en todas las capitales de provincia

Overland

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran
lujo



PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1917

A 4 pesetas el juego para un semestre



SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 para franqueo y certificado

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

VIGOR

SALUD

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.



**¡Jamás use un
Pulimento de
Aceite en
Ninguno
de Mis
Muebles!**

Deseo Que Siempre Use
Cera Preparada de

JOHNSON

Forma una capa protectora sobre el barniz, haciendo mayor su duración. Nunca se pondrá pegajosa; por lo tanto, no muestra las manchas de los dedos.

Ni Recogerá el Polvo:

Los pulimentos que contienen aceite retienen todo el polvo y manchan la ropa, etc. La Cera Preparada de Johnson produce un pulido duro y seco, dejando la superficie como un espejo.

Tenga Ud. siempre a la mano una caja para pulimentar:

Pisos Pianos Automóviles
Linóleo Muebles Obra de Madera

De venta en los buenos almacenes.

Invitamos a los comerciantes para que nos escriban.

S. C. Johnson & Son, 244 High Holborn, Londres, E. C., Inglaterra

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pídase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la **SIROLINE** preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prevenir que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.



Su deliciosa fragancia hace que sea un Regalo.

Los niños son estimulados a cuidar con regularidad su dentadura por la fragancia deliciosa de la CREMA DENTIFRICA, en forma de cinta de COLGATE. Los niños y las personas mayores gozan de esta perfecta limpieza que da a la boca salubridad y frescura.

Se vende en todas las farmacias y en los almacenes bien reputados.

COLGATE & CO.

Establecidos el año 1806.



RELOJ DE PRECISIÓN
"ELECTION"

Viuda de Alberto Maurer

ALMACÉN DE RELOJES AL POR MAYOR:
Carrera de San Jerónimo, 15, MADRID

ELIXIR ESTOMACAL de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

LA "VALET" AutoStrop Safety Razor

EL MODELO "B", AJUSTABLE,

nos da, al afeitarnos, la impresión de una caricia, ya que sus pases por las mejillas, por dificultosa y fuerte que sea la barba, tienen siempre los suaves toques del terciopelo, y sin peligro de cortarse se consigue, con sin igual prontitud, un afeitado fino y limpio, superior al del más experto barbero. La sencillez misma, sin pieza alguna suelta y su limpieza es perfecta é instantánea.



Automáticamente

suavízase á sí misma, y cada hoja VALET, afeitándose diariamente, da incomparable servicio muchos meses.

De venta en las más lujosas Perfumerías, Camiserías y objetos finos para regalo, de España.

Exclusividad para España y Portugal:

ANTONIO CHAVELI
35, Alberto Aguilera, 35
Apartado 616
Teléfono J. 867
MADRID

En hermoso estuche de cuero negro y terciopelo color, ó en níquel, 12 hojas de repuesto y su suavizador, pesetas 27,50.

